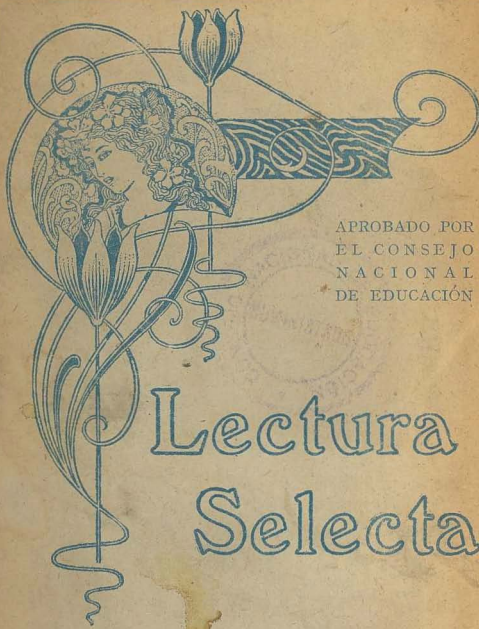
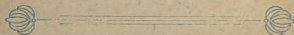




APROBADO POR
EL CONSEJO
NACIONAL
DE EDUCACIÓN

Lectura Selecta

M. S. ARIEL



PARA 5.º Y 6.º GRADOS

Precio: \$ 1.70

LL
1923
ARI



00056473

21.235

6.12
C. H.

M. S. ARIEL

LECTURA SELECTA

APROBADO POR EL
CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

PARA

5.º Y 6.º GRADOS



134X-186

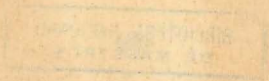
DEPÓSITO GENERAL: MUÑIZ 120
BUENOS AIRES

1923

Biblioteca Nacional de Maestros

LECTURA SELECTA

Es PROPIEDAD
DEL AUTOR



La razón de las fieras

El ejército victorioso acampó en un arenal y el jefe dispuso se distribuyesen los víveres con equidad hasta donde alcanzasen.

El zorro como intendente del ejército, hizo el reparto y en un instante se oyeron en el campamento rugidos de placer.

Parece que el ejército está contento, dijo el león, relamiéndose los labios. En aquel momento llegaron a sus oídos balidos lastimosos y dolientes.

—¡Eh! ¿qué es eso? Alguien se queja.

—Señor, las fieras son tan exigentes, necesitan comer tanto... que no han llegado las provisiones a los tímidos.

—¿Cómo?

—No les ha alcanzado nada...

—Dí a los corderos que perdonen esta vez, y haz que se alimenten de promesas.

—No me creerán...

—Hay que contentarlos y hacerlos callar de algún modo, hay que hacer algo para que no estén olvidados.

—Señor, nada me ocurre...

—Pues díles que al primero que se queje me lo como.

León TOLSTOI.

El Sueño

Tres cabezas de oro y una
donde ha nevado la luna.

—Otro cuento más, abuela,
que mañana no hay escuela,

—Pues, señor, este era el caso....

(Las tres cabezas hermanas
cayeron como manzanas
maduras en el regazo).

Rafael A. ARRIETA.

Platero

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las fiorecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: "¡Platero!", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro, como de piedra. Cuando paseo con él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tiene acero...

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

Juan R. JIMENEZ.

Fausto

—¿Sabe que es linda la mar?

—¡La viera de mañanita

Cuando agatas la puntita
Del sol comienza a asomar!

Usted ve venir a esa hora

Roncando la marejada,

Y ve en la espuma enrespada

Los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca

Y con la vela al solcito,

Se ve cruzar un barquito

Como una paloma blanca.

Otras, usted ve, patente,

Venir boyando un islote,

Y es que trae a un camalote

Cabrestiendo la corriente.

Y con un campo quebrado

Bien se puede comparar

Cuando el lomo empieza a hinchar
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa agatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ríos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al displayao
Gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas, es divino
Mirar las olas quebrarse,
Como al fin viene a estrellarse
El hombre con su destino.

Y no sé qué da el mirar
Cuando borrosa y bramando,
Sierras de agua viene alzando
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
Se mostrase retobao,
Al mirar tanto pecao
Como se ve en este suelo.

R. TAGORE.

Y es cosa de bendecir
Cuando el Señor la serena,
Sobre ancha cama de arena
Obligándola a dormir.

Y es muy lindo ver nadando
A flor de agua algún pescac:
Van como plata, cuñao,
Las escamas relumbrando....

Estanislao del CAMPO.

Vocación

Por la mañana, cuando da el reloj las diez y yo voy caminito de la escuela, me encuentro todos los días en mi sendero con ese vendedor que grita:

“¿Quién compra ajorcas y pulseras de plata y de cristal?”. Nunca tiene prisa por nada, ni debe seguir un rumbo fijo, ni ha de llegar a sitio alguno a la fuerza, ni debe volver a casa a su hora. ¿Quién fuera vendedor para pasarme el día en la calle gritando: “¿Quién compra ajorcas y pulseras de plata y de cristal!”.

A las cuatro, cuando vuelvo de la escuela, veo todas las tardes por la verja entreabierta de aquella casa al jardinero que cava la tierra del jardín. Hace lo que le da la gana con su azadón, se mancha la ropa de polvo cuanto quiere y nadie viene a decirle que si el sol le está poniendo negro, que si se cala de agua cuando riega... ¿Quién fuera jardinero para cavar y regar en el jardín sin que nadie me riñera!

En el mismito instante en que anochece, cuando mamá me manda a la cama, veo por la ventana al sereno, que se pasea calle arriba, calle abajo...

Está la carretera oscura y solitaria y la farolla, de pie, como un gigante que tuviera un ojo colorado en la cabeza.

El sereno mece su linterna y va y viene con su sombra; y en su vida se va a la cama.

¿Quién fuera sereno para pasarme la noche entera por la calle, persiguiendo las sombras con mi farol!

R. TAGORE.

El pastor lánguidamente...

El pastor, lánguidamente
con la cayada en los hombros,
mira, cantando, los pinos
del horizonte brumoso,

y el rebaño soñoliento
levanta nubes de polvo
y hace llorar sus esquilas
bajo la luna de oro.

Juan Ramón JIMENEZ.

Un rasgo generoso

Precisamente esta mañana se ha dado a conocer Garrón. Cuando entré en la escuela — un poco tarde, porque me había detenido la maestra de la primera clase superior para preguntarme a qué hora podía ir a casa y encontrarnos — el maestro no estaba allí todavía, y tres o cuatro muchachos atormentaban al pobre Crosi, el pelirrojo del brazo malo y cuya madre es verdulera.

Le pegaban con las reglas, le tiraban a la cara cáscaras de castañas y le ponían mote y remedaban, imitándole con su brazo pegado al cuerpo.

El pobre estaba solo en la punta del banco, asustado, y daba compasión verlo mirando ya a uno, ya a otro, con los ojos suplicantes para que lo dejaran en paz; pero los otros le vejaban más, y entonces él empezó a temblar y a ponerse colorado de rabia. De pronto Franti, el de la cara sucia, saltó sobre un banco, y haciendo ademán de llevar dos cestas en los brazos, remedó a la madre de Crosi cuando venía a esperarlo antes a la puerta, pues a la sazón no iba por estar enferma. Muchos se echaron a reír a carcajadas.

Entonces Crosi perdió la cabeza, y cogiendo un tintero se lo tiró con toda su fuerza; pero Franti se agachó, y el tintero fué a dar en el pecho del maestro, que entraba precisamente. Todos se fueron a su puesto, y callaron atemorizados. El maestro, subió a la mesa, y con voz alterada preguntó:

—¿Quién ha sido? Ninguno respondió. El maestro gritó otra vez, alzando aún más la voz: ¿Quién? Entonces Garrón, dándole lástima del pobre Crosi, se levantó de pronto, y dijo resueltamente: —Yo he sido.

El maestro lo miró; miró a los alumnos, que estaban atónitos, y luego repuso con voz tranquila: —No has sido tú. Y después de un momento, añadió:

—El culpable no será castigado. ¡Qué se levante! Crosi se levantó, y prorrumpió a llorar: —Me pegaban, me insultaban, yo perdí la cabeza y tiré... — Siéntate — interrumpió el maestro. — ¡Que se levanten los que le han provocado! Cuatro se levantaron con la cabeza baja.

—Vosotros, dijo el maestro, habéis insultado a un compañero que no os provocaba, os habéis reído de un desgraciado y habéis golpeado a un débil que no se podía defender. Habéis cometido una de las acciones más bajas y más vergonzosas con que se puede manchar criatura humana. ¡Cobardes!

Dicho esto, salió por entre los bancos, tomó la cara a Garrón, que estaba con la vista en el suelo, y alzándole la cabeza y mirándole fijamente, le dijo:

—Tienes un alma noble.

Garrón, aprovechando la ocasión, murmuró no sé qué palabras al oído del maestro, y éste, volviéndose hacia los cuatro culpables, dijo bruscamente:

—Os perdono.

Edmundo D'AMICIS.

Las Punas...

Silencio y soledad... Nada se mueve...
Apenas a lo lejos, en hilera,
las vicuñas con rápida carrera
pasan, a modo de una sombra leve.

¿Quién a medir esa extensión se atreve?
Sólo la desplegada cordillera,
que se mueve después, a la manera
de un colosal paréntesis de nieve.

Vano será que busque la mirada
alegría de vívidos colores,
en la tristeza de la puna helada:

sin mariposas, pájaros, ni flores,
es una inmensidad deshabitada,
como si fuese un alma sin amores...

José Santos CHOCANO,

La Primavera

Inútilmente se esforzarán millares y millares de personas, aglomeradas en un reducido espacio de terreno, en hacer improductiva la tierra que los sostiene, inútilmente pretenden aplastar el suelo bajo las piedras, con el objeto de hacer imposible la germinación; inútilmente impregnarán el aire de petróleo y humo; inútilmente cortan los árboles y echan cuadrúpedos y pájaros; hasta en la ciudad la primavera es siempre primavera.

Brilla el sol, la hierba reditiva no sólo crece en los senderos y paseos, sino también entre las piedras de la calle, los abedules, álamos y cerezos silvestres esparcen la pompa de sus hojas aromáticas y frescas, los tiernos brotes ostentan sus botones pronto a abrirse; los gorriones, las palomas, las gollondrinas, fabrican alegremente sus nidos, las abejas y las moscas zumban en el aire extasiadas al sentir nuevamente el calor del sol; todo respira alegría, árboles, pájaros, insectos y niños.

León TOLSTOI.

Las cataratas del Niágara

Como en supremo arranque de heroísmo,
brinca el tropel de espuma alborotada
de peñón en peñón, de grada en grada:
y revienta en perpetuo cataclismo.

Se revuelve el caudal sobre sí mismo;
y finge, ante la atónita mirada,
la flotante melena enmarañada
de un león enjaulado en el abismo.

Sigue el tropel en épico alboroto,
como un inacabable terremoto
que ingentes peñas arrancó de cuajo.

Y ¡oh poder de un alambre! ese torrente
sólo llega a servir humildemente
para mover las ruedas del trabajo.

José Santos CHOCANO.

El águila y la paloma

En procura de su presa había tomado vuelo el aguilucho; la flecha de un cazador lo hiere cortándole el tendón del ala derecha. Cae en un bosque de mirtos donde, durante tres días, devora su dolor; donde durante tres largas noches se abandona a sus padecimientos.

En fin, el bálsamo universal lo alivia, el bálsamo de la benéfica naturaleza: se desliza fuera del bosque y agita sus alas.

¡Ay! ¡el tendón está cortado! Apenas puede rasar la superficie del suelo para cazar una vil presa; profundamente afligido va a posarse sobre humilde piedra en la margen de un arroyo; levanta las miradas hacia la encina, hacia el cielo, y una lágrima moja su ojo soberbio.

Dos palomas que juegueteen entre los mirtos vienen a posarse cerca de él. Avanzan dando brinquitos sobre la arena dorada, pasan el arroyo al lado una de otra, y su ojo colorado, que mira al acaso en derredor de ellas, se fija al fin sobre el ave afligida.

El macho, al cual esta vista inspira un interés mezclado de curiosidad, se dirige apresuradamente hacia el bosque inmediato, y mira al águila con un aire de complacencia y amistad: “Estás triste, triste. Amiga, recobra ánimo: ¿no tienes acaso en derredor tuyo cuanto se requiere para una serena felicidad? Ramas de oro te res-

guardan contra los rayos del sol, tú puedes, sobre el blando musgo, en la margen del arroyo, exponer tu pecho al sol poniente. Te pasearás entre flores cubiertas de fresco rocío; este bosque te brindará alimentos delicados y abundantes, este cristalino arroyo te apagará la sed... ¡Oh, amiga! La verdadera felicidad consiste en la moderación, y la moderación halla en cualquier parte lo que necesita”.

— ¡Oh sabio! — exclamó el águila entrando en sí misma con una pena más amarga. — “¡Oh sabiduría!, bien hablas como una paloma”.

GOETHE.



Si una espina me hiere...

¡Si una espina me hiere, me aparto de la espina
...pero no la aborrezco!

Cuando la mezquindad
envidiosa en mí clava los dardos de su inquina,
esquívase en silencio mi planta, y se encamina
hacia más puro ambiente de amor y caridad.

¡Rencores! ¡De qué sirven! ¡Qué logran los rencores!
Ni restañan heridas ni corrigen el mal.
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores
y no prodiga savias en pinchos punzadores:
si pasa mi enemigo cerca de mi rosal,

se llevará las rosas de más sutil esencia,
y si notare en ellas algún rojo vivaz,
¡será el de aquella sangre que su malevolencia
de ayer, vertió, al herirme con encono y violencia
y que el rosal devuelve, trocada en flor de paz!

Amado NERVO.

... La carretilla

En el arroyo grande, que la lluvia había dilatado hasta la viña, nos encontramos, atascada, una vieja carretilla, perdida toda bajo su carga de hierba y de naranjas. Una niña, rota y sucia, lloraba sobre una rueda, queriendo ayudar con el empuje de su pechillo en flor al borriuello, más pequeño ¡ay! y más flaco que Platero.

Y el borriquillo se despechaba contra el viento, intentando, inútilmente, arrancar del fango la carreta, al grito sollozante de la chiquilla.

Era vano su esfuerzo, como el de los niños valientes, como el vuelo de esas brisas cansadas del verano que se caen, en un desmayo, entre las flores.

Acaricié a Platero y, como pude, lo enganché a la carretilla, delante del borrico miserable. Le obligué, entonces, con un cariñoso imperio, y Platero, de un tirón sacó carretilla y rucio del atolladero, y les subió la cuesta.

¡Qué sonreír el de la chiquilla! Fué como si el sol de la tarde, que se quebraba, al ponerse entre las nubes de agua, en amarillos cristales, le encendiese una aurora tras sus tiznadas lágrimas.

Con su llorosa alegría, me ofreció dos escogidas naranjas, finas, pesadas, redondas. Las tomé, agradecido, y le dí una al borriquillo débil, como dulce consuelo; otra a Platero, como premio áureo.

J. R. JIMENEZ.

Se está muriendo Estrellita...

Se está muriendo Estrellita...

La abuela va por la senda;

y la senda va entre flores

y entre flores a la aldea.

El cielo azul da a los campos

su gracia de primavera;

canta la alondra en el surco,

canta el agua entre la hierba...

Y la abuela va entre flores

y entre flores a la aldea,

soñando en la caja blanca

y en la boquita entreabierta...

Como es nieve su cabello

y sus pobres manos tiemblan,

parece que tiene frío

al sol de la primavera.

Y las rosas están rosas,

y el buen sol dora las tierras,

y canta la alondra, y canta

el agua bajo la hierba...

J. R. JIMENEZ.

Música amarga

Si entendiésemos lo que dicen los pájaros al cantar cánticos en la jaula, escucharíamos, de seguro, palabras de una tristeza infinita. Creemos que, porque cantan están alegres; creemos que son estrofas de amor los versos que entonan, porque los cantan a gritos; creemos que es la alegría lo que quizá sea el impulso más tierno y la queja más sutil de las fibras del dolor. Mirad al hombre: cuando bajo el peso de una gran tristeza rompería en palabras ininteligibles para los otros, cuando sufre una nostalgia, cuando siente que por sus nervios suben las lágrimas a sus ojos sin poderlas contener; cuando necesita echar de sí la tristeza, tormento de su alma, y teme que esa su tristeza choque con la alegría de los demás; cuando se ve solo y ha de hablar consigo mismo, entonces, a media voz, dice, cantando, lo que no podría decir; deja que asome a sus labios la niebla que le oprime y confía a la música la expresión de sus pesares.

Tal vez los pájaros dicen también eso mismo dentro de la jaula; tal vez por eso, cuando algún malvado les arranca los ojos y los deja ciegos, como tienen más tristezas para cantar, cantan mejor que nunca.

Santiago RUSIÑOL.

El albañilito

El albañilito ha venido hoy de cazadora, vestido con lo ropa de su padre, blanca todavía por la cal y el yeso.

Mi padre deseaba que viniese, aún más que yo. ¡Cómo le gusta! Apenas entró, se quitó su viejísimo sombrero, que estaba todo cubierto de nieve, y se lo metió en un bolsillo; después vino hacia mí con aquel andar descuidado de cansado trabajador, volviendo aquí y allí su cabeza, redonda como una manzana, y con su nariz roma; y cuando fué al comedor, dirigiendo una ojeada a los muebles, fijó sus ojos en un cuadríto que representa a Rigoletto, un bufón jorobado, y puso la cara de hocico de conejo.

Es imposible no reírse al vérselo hacer. Nos pusimos a jugar con palitos; tiene una habilidad extraordinaria para hacer torres y puentes, que parece se están en pie por milagro, y trabaja en ello muy serio, con la paciencia de un hombre. Entre una y otra torre me hablaba de su familia; viven en una buhardilla; su padre va a la escuela de adultos, de noche, a aprender a leer; su madre no es de aquí.

Parece que le quiere mucho, porque aunque él viste pobremente, va bien resguardado del frío, con la ropa muy remendada y el lazo de la corbata bien hecho y anudado por su misma madre. Su padre, me dice, es un hombretón, un gigante, que apenas cabe por la puerta; es bueno, y llama siempre a su hijo hociquito de liebre; el hijo, en cambio, es pequeñín.

A las cuatro merendamos juntos, pan y pasas sentados en el sofá, y cuando nos levantamos, no sé por qué,

mi padre no quiso que limpiara el respaldar que el albañilito había manchado de blanco con su chaqueta; me detuvo la mano y lo limpió después sin que lo viéramos.

Jugando, al albañilito se le cayó un botón de la cazadora, y mi madre se lo cosió; él se puso encarnado, y la veía coser, muy admirado y confuso, no atreviéndose ni a respirar. Después le enseñé el álbum de caricaturas, y él, sin darse cuenta, imitaba los gestos de aquellas caras, tan bien, que hasta mi padre se reía. Estaba tan contento cuando se fué, que se olvidó de ponerse el andrajoso sombrero, y al llegar a la puerta de la escalera, para manifestarme su gratitud, me hacía otra vez la gracia de poner el hocico de liebre.

Se llama Antonio Rabusco y tiene ocho años y ocho meses.

“¿Sabes, hijo mío, por qué no quise que limpiaras el sofá? Porque limpiarlo mientras tu compañero lo veía, era casi hacerle una reconvención por haberlo ensuciado. Y esto no está bien: en primer lugar, porque no lo había hecho de intento, y en segundo, porque lo había manchado con ropa de su padre, que se la había ensuciado trabajando; y lo que se mancha trabajando no ensucia; es polvo, cal, barniz, todo lo que quieras; pero no es suciedad. El trabajo no ensucia.”

No digas nunca de un obrero que sale de su trabajo: “Va sucio”. Debes decir: “Tiene en su ropa las señales, las huellas del trabajo”.

Recuérdalo. Quiere mucho al albañilito; primero, porque es compañero tuyo, y además porque es hijo de un obrero”.

Tu padre,
Edmundo D'AMICIS,

El gorrión

Volvía yo de caza y caminaba a lo largo de una avenida de mi jardín. Mi perro corría adelante. De pronto acortó sus pasos y se puso a avanzar con precaución, como si husmease alguna pieza.

Miré a lo largo de la avenida y ví un gorrión joven, amarillo el pico y con plumón en la cabeza. Habíase caído de su nido (el viento balanceaba con fuerza los abedules de la avenida) y permanecía quietecito, separando sus alitas apenas emplumadas. Tesoro se aproximó a él, los músculos tendidos, cuando, de pronto, desprendiéndose de un árbol vecino, un viejo gorrión de pecho negro cayó como una piedra juntamente ante las fauces del perro; y todo erizado, desesperado, con un piar quejumbroso, saltó por dos veces en la dirección de aquellas fauces abiertas y armadas de dientes puntiagudos.

Se había precipitado para defender a su hijuelo, quería servirle de escudo. Pero todo su cuerpecito se estremecía de terror, sus gritos eran roncacos y salvajes; se moría, sacrificaba su vida. A sus pies ¡qué horrible monstruo debía parecer el perro! Y, sin embargo, el pájaro no había podido quedarse en su rama, tan alta y segura. Una fuerza más poderosa que su voluntad habíalo precipitado.

Tesoro se detuvo, retrocedió. Hubiérase dicho que él mismo había reconocido esa fuerza. Yo me apresuré,

todo confundido, a llamar a mi perro y me alejé, lleno de un santo respeto. Sí, no os riáis; era efectivamente respeto lo que sentía ante aquel pajarito heroico, ante aquel ímpetu de su amor.

El amor, pensé, es más fuerte que la muerte y que el temor de la muerte. Sólo por el amor se vive y se conserva la vida.

Yván TURGUENEFF.



El obrero

Mujer al fin y de mi pobre siglo,
Bien arropada bajo pieles caras
Iba por la ciudad, cuando un obrero,
Me arrojó como piedras sus palabras.

Me volví a él; sobre su hombro puse
La mano mía: dulce la mirada,
Y la voz dulce, dije lentamente:
—¿Por qué esa frase a mí? Yo soy tu hermana.

Era fuerte el obrero, y por su boca
Que se hubo puesto sin quererlo, blanda,
Como una flor que vence las espinas
Asomó dulce y tímida, su alma.

La gente que pasaba por las calles
Nos vió a los dos las manos enlazadas
En un solo perdón, en una sola
Como infinita comprensión humana.

Alfonsina STORNI.

Dejad a los niños

Junto a la verja del Ministerio de la Guerra pide limosna un ciego, sentado en una silla de tijera, flaco de miembros, roto de traje, enjuto de cara, con un violín desafinado entre los brazos y una bandeja de latón sobre las rodillas.

Que llueva o hiele, que el calor le sofoque o le entumezca el frío, allí está ese proscrito de la luz, rascando antiartísticamente las cuerdas desfilachadas de su instrumento, desbaratando melodías, poniendo música a su miseria, oyendo sonar las horas en el reloj del banco, y circular personas y coches por la anchurosa vía, esperando que una moneda de cobre caiga en la bandeja, para meter la mano en el bolsillo del pantalón, y retirándose a la madrugada con el violín debajo del brazo y la silla de tijera en la mano, para dormir sabe Dios cómo y no importa dónde.

Debe ser muy triste la existencia del pobre ciego; la fortuna le ha privado de cuantas comodidades hacen soportable la vida; la naturaleza de aquellos placeres que no se pagan con dinero, porque no habría dinero con qué pagarlos.

¿Con qué pagar el espectáculo de un cielo azul, de una agrupación de nubes coloreada por el sol, de un horizonte negro, que a veces se ilumina y se rasga para dibujar en su fondo ángulos rojizos y zig-zag cárdenos?

¿Con qué pagar el espectáculo de una primavera llena de flores, de un otoño salpicado de frutos, de un invierno cubierto de nieve, de un estío pletórico de luz? ¿Con qué el ir y venir de una multitud que por nuestro lado pasa y ondula, destacándose aquí la cabeza de un niño, allá el cuerpo esbelto de una mujer, más lejos las salientes tonadillas de un grupo alegre y bullicioso?

Esto, que no podría pagarse con nada, lo disfrutamos gratis, y de ello carece el infeliz ciego, ese mendigo que siempre está solo, que acaso no tiene familia, que tal vez no es esperado por nadie cuando sube a tientas los escalones de su casa.

En fin, bien o mal, desdichado o dichoso, el hombre vive, recoge lo suficiente para no morir de hambre, y pide limosna todas las noches, junto a la verja del Ministerio de la Guerra y enfrente de la puerta del Banco de España.

Una noche del último invierno estaba yo parado en la calle de Alcalá, delante del ciego del violín. Debía ser algo que me interesase mucho, lo que esperaba, cuando resistía a pie firme los alfilerazos del frío y los papirotazos de la lluvia.

Rascaba el ciego su instrumento y yo seguía esperando, esperando sin reparar en él, ni en un chiquillo de cuatro o cinco años que pasaba y repasaba delante de mí con los pies y las piernas descalzas, mal cubierto el cuerpo con una blusilla hecha girones y amoratado el rostro por el frío.

El chico lloraba, metiéndose los puños en los ojos, hipiando su pena, procurando contener los sollozos que

subían a su garganta; uno de aquellos tuvo más fuerza que su voluntad, convirtiéndose en grito, me sacó de mi distracción e hizo interrumpir al ciego su música.

—¿Qué tienes, muchacho? — preguntó el ciego al niño, que se encontraba a dos pasos de él.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!... — sollozó el chico, acercándose al viejo.

—¿Qué te pasa? — dijo éste — ¿por qué lloras así? — añadió cogiendo al muchacho de la blusa y volviéndole la cara hacia él, ni más ni menos que si pudiera verle.

—Lloro — exclamó el muchacho — porque tengo hambre, frío y miedo.

—¿No has recogido nada?

—No.

—¿No tienes padres?

—No.

—¿No has comido?

—No.

—¿Con quién vives?

—Con nadie... la vieja con quien vivía y con quien pedía limosna, se ha puesto mala esta mañana, se ha ido al hospital y me ha dejado solo.

—¡Pobre chico! — murmuró el ciego, atrayendo hacia sí la desdichada criatura, y palpando con sus manos temblorosas aquella cabecita desnuda, sobre la que se pegaban chorreando agua los cabellos rubios; aquel cuerpo anguloso, que se descubría entre los girones de su traje; aquellas piernas blancas y aquellos pies descalzos.

—¡Pobre chico!... ¡tan pequeño y con frío, y con hambre y sin casa!...

Los ojos del ciego parpadearon como si quisieran recoger una lágrima que bordeaba las cuencas vacías; dejó el violín a un lado, cogió la bufanda deshilachada que tenía sobre las piernas, rodeó con ella el cuerpo del niño, metióse las manos en el bolsillo del pantalón, sacó un real, acaso toda su fortuna, se lo dió al pequeño y le dijo: Abrígate y come. Yo no puedo hacer más por tí. Después estrechó al chico entre sus brazos.

El chico le miró con ojos azules y llenos de luz, balbuceando algunas palabras y se echó a llorar.

Y yo también.

Joaquín DICENTA.



Fausto

El sol ya se iba poniendo.
La claridá se ahuyentaba,
Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires rompía,
Y entre sombras se movía
El crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,

Al asomarse la luna,
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido
En las hojas trompezaban,
Los pájaros que volaban,
A guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De trecho en trecho chillando.

Estanislao del CAMPO.

Y a las ovejas bailaban
En el corral prisioneras,
Y en las aves casacas
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires templa,
Y entre sombras se movía
El cráneo sangre horten.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna

El héroe

Figúrate tú, madre, que andamos de viaje, y que atravesamos un peligroso país extranjero. Tú vas en un palanquín, y yo troto, al estribo, en un caballo colorado. Es ya tarde, y el sol se pone. Ante nosotros se tiende, solitario y gris, el desierto de Joradighi. Todo el país es desolado y yermo. Tú piensas, asustada: “Hijo, no sé a dónde hemos venido a parar”. Y yo te digo: “No tengas tú miedo, madre”.

Los abrojos de la tierra desgarran. El camino que atraviesa el campo es estrecho y retorcido. Los ganados se han vuelto, de los dilatados llanos, a sus establos de las aldeas. Cada vez son más oscuros y más vagos la tierra y el cielo, y ya no vemos por dónde vamos. De pronto, tú me llamas y me dices en voz baja: “Qué luz será esa, hijo, que hay allí, junto a la orilla?”

Un grito horrible hiere la sombra y se nos viene encima, en una risa arrolladora. Tú te acurrucas en tu palanquín y repites, rezando, los nombres de los dioses. Los esclavos que te llevan se esconden, temblando de terror, tras un espino. Yo grito: “Madre, no tengas cuidado, que aquí estoy yo”.

Al aire los cabellos, se acercan más cada vez los asesinos, armados con largas lanzas. Yo les grito: “¡Alto ahí, villanos! ¡Un paso más, y sois muertos!” Dan otro terrible aullido, y se abalanzan. Tú, convulsa, me coges de la mano y me dices: “Hijo mío, por amor de Dios,

huye de aquí”. Yo te contesto: “Madre, tú mírame a mí; ya tú verás”.

Luego, meto espuelas a mi caballo que salta en furioso galope. Chocan, resonantes, mi espada y mi escudo. El combate es tan espantoso, que si tú lo pudieras ver desde tu palanquín, te helabas de horror, madre. Muchos huyen, muchos caen bajo mi espada. Tú, mientras, ya lo sé yo, estarás pensando, sentada allí, solita, que tu hijo ha muerto. En esto, yo vuelvo a tí, todo ensangrentado y te digo: “Madre, ha concluido la lucha”.

Y tú sales de tu palanquín, y, apretándome contra tu corazón, te dices, mientras me besas: “¿Qué hubiera sido de mí, si mi hijo no me hubiera acompañado?”

... Cada día pasan mil cosas sin razón. ¿Por qué no había de suceder una cosa así una vez? Sería como el cuento de un libro. Mi hermano diría: “Pero ¿es posible? ¡Yo que le creía tan endeble!” Y los hombres del pueblo repetirían asombrados: “¿Qué suerte que estuviera el niño con su madre!”

R. TAGORE.



Llévalo de amor

¡Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor!

Adolescente, joven, maduro, viejo: siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

En cuanto sepas que tienes delante de tí un tiempo baldío, ve a buscar el amor.

No pienses: “sufriré”.

No pienses: “me engañarán”.

No pienses: “dudaré”.

Ve, simplemente, diáfananamente, regocijadamente, en busca del amor.

¿Qué índole de amor? No importa: todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas... pero ama siempre.

No te preocupes de la finalidad de tu amor. El lleva en sí mismo su propia finalidad.

No te juzgues incompleto porque no responden a tus ternuras: el amor lleva en sí su propia plenitud.

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de tu amor.

Amado NERVO.

En el Jardín Zoológico

Con nostalgia de víctimas, la boca,
Y nostalgia de selva, la mirada,
Con la febril excitación del preso
Que su perdida libertad reclama,
En incesante batallar se agita
En su estrecho cubil la tigre hircana:
Nerviosa corre en torno de la reja,
Sacude y muerde las seguras barras,
Y el eco sordo de feroz rugido
Agita el aire de la estrecha jaula.
De su cubil en el rincón más hondo,
La cola tiende, las orejas para,
La piel repliega, la cerviz recoge,
Y como flecha, por el aire salta,
Recibe el golpe, por el suelo rueda,
Tiembla la reja de seguras barras,
Pero la fiera se levanta, gira
Y otra vez ruge, se repliega y salta.

Del ya naciente sol de primavera
Un tibio rayo penetró en la jaula,
Y en tanto un viento perfumado y fresco
Que en los barrotes, al entrar, silbaba,
Llegó hasta el fondo de la estrecha jaula
Y acarició la fiera aprisionada.

Algo como una turba de recuerdos
Debió sentir y ver en esa ráfaga:
Algo como la arena del desierto,
Algo como las hojas de las palmas,
Algo como los ecos de los bosques,
Algo como perfume de montaña;
Porque se echó donde el reflejo tibio
Del sol de primavera, penetraba,
Y abrió los ojos al azul del cielo
Y abrió el pulmón a las tranquilas auras;
Tendió el hocico entre sus fuertes brazos,
Batió la cola y escondió las garras,
Nubló su frente sombra de tristeza,
Rugió un gemido su feroz garganta
Y apareció una lágrima luciente
En la pupila de la tigre hircana.

D. URIBE.



El hueso de la ciruela

La madre había comprado ciruelas y queriendo distribuir las entre los niños al final de la comida, púsolas en un plato.

Vania nunca había comido ciruelas y aquella fruta le tentaba mucho, habíala olfateado y deseaba probarla; así es que no cesaba de dar vueltas en torno del plato.

Solo en el aposento, no pudo resistir a la tentación; tomó una y se la comió.

La madre contó luego las ciruelas y vio que faltaba una.

Díjosele al padre.

Y en la mesa, el padre preguntó:

—Decidme, hijos míos, ¿alguno de vosotros se ha comido una ciruela?

—No — respondieron todos.

Vania se puso rojo y contestó:

—No, yo no me la he comido.

Entonces agregó el padre:

—Si alguno de vosotros se la ha comido, no está bien, pero esa no es la desgracia verdadera; la desgracia es que las ciruelas tienen huesos, y que si se traga púdesese morir a las veinticuatro horas. Y he aquí lo que temo por vosotros.

Vania palideció y exclamó:

—No temáis, porque arrojé el hueso por la ventana.

Todo el mundo se rió y Vania se echó a llorar.

León TOLSTOI.

La epopeya del Pacífico

Cuando corten el nudo que Natura ha formado,
cuando entreabran las fauces del sediento Canal,
cuando al golpe de vara de un Moisés en las rocas
solemnemente arrójese uno contra otro mar,
en el único instante del titánico encuentro,
un aplauso de júbilo esos mares darán,
que se eleve en los aires a manera de un brindis,
cual chocasen dos vasos de sonoro cristal...

El canal será el golpe que abrir le haga las manos
y le quite las llaves del gran río al Brasil;
porque nuestras montañas rendirán sus tributos
a las naves que lleguen hasta el puerto feliz,
cuando luego de Paita, con enérgico trazo,
amazónica margen solicite el carril,
y el Pacífico se una con el épico Río,
y los trenes galopen sacudiendo su crin...

¡Oh, la turba que entonces, de los puertos vibrantes
de la Europa latina llegará a esa región!
Barcelona, Havre, Génova, en millares de manos,
mirarán los pañuelos desplegando un adiós...

Y el latino que sienta del vivaz Mediodía
ese Sol en la sangre parecido a este Sol,

poblará nuestros bosques y vendrá desde Europa
¡por el propio camino que le alista el sajón!

Vierte ¡oh musa! tus cantos, como linfas que corren
y que fingen corriendo milagroso Jordán,
donde América puede redimir sus pecados,
refrescar sus fatigas, sus miserias lavar;
y, después que en el baño quede exenta de culpa,
enjugarse las aguas y envolverse quizás
entre sábanas puras, que se tiendan al viento
¡como blancas banderas de Trabajo y de Paz!

José SANTOS CHOCANO.



Amad a los Niños

Enamorada de todo lo bello, siento hacia el niño una atracción irresistible.

¡Es que en él encuentro toda la gracia y la belleza creada!

¡Todo es poesía en su adorable personita!

¡Y cuánta grandeza, cuánta ternura en el amor que él despierta!

No concibo que pueda no quererse a un niño... su debilidad, su inocencia, su candor, todo hace adorarle.

Una tarde entré en la sala de niños de un hospital; sentí algo como si una mano de hierro me estrujara el corazón... algo horrible.

Aquellos cuerpecitos débiles, que apenas se destacaban en los lechos, algunos presa de horribles dolores, otros sumidos en una languidez penosa, otros delirando...

Se siente uno impulsada a quedarse allí, junto a esas camitas y volcar toda la ternura del alma en los cuidados, a dejar todos los besos en esas frentecitas queridas para que no sientan la ausencia de la madre.

¡Que ellos no saboreen desde tan temprano, la amargura de sentirse solos, del abandono; que cuando levanten sus ojitos doloridos, encuentren una mirada tierna que les alivie y les conforte!

Que haya un beso, una caricia que responda a su voccecita cuando llame: ¡Mamá! ¡Mamita!

¡Enfermedades, orfandad, miserias, dolores... no debíais existir para los niños!

La infancia sólo debiera nutrirse de alegrías, de cariños, de besos, de caricias.

¡Flores, siempre flores en la senda del niño!

¡Que no se vea nunca en sus ojitos una sombra de tristeza!

¡Jamás una gota de amargura en sus almitas!

Y habrá así menos malos en el mundo porque una infancia feliz hace al hombre bueno.

A. Blanca GÜERCI.



Los consejos de un padre

I

Toda grandeza acaba: las montañas se desmoronan; y hechas polvo, van al fondo del mar; los imperios se derriban, y hechos pedazos, van al fondo de la historia; las glorias se apagan, y apenas dejan chispas en las lejanías del pasado; el sol se apagará también; todo es cuestión de tiempo, y no dejará más que una osamenta fría, rodando en el espacio.

¡Qué mucho que el león, el rey de las selvas, agonizara en el hueco de su caverna!

Fué poderoso: le llegó su hora y empezaron las boqueadas de su agonía.

A su lado estaba su hijo, el nuevo león, el príncipe heredero de los bosques, el rey futuro de todos los animales.

El monarca moribundo, y más que monarca el padre, le daba penosamente el último consejo, el más importante.

—Huye del hombre.— le decía.— huye siempre, no pretendas luchar con él.

Eres señor absoluto de todos los animales; no les temas; domínalos, castígalos, devóralos si tienes hambre. Con todos puedes luchar, a todos puedes vencer; pero no pretendas luchar con el hombre: te daría muerte y sin piedad, porque es cruel, más cruel que nosotros.

—¿Tan fuerte es el hombre? — preguntó el hijo.

—No es fuerte, no — replicó el padre. Y continuó diciendo: — De un latigazo de tu cola le podrías lanzar por los aires como al más miserable animalejo.

—Sus dientes, sus colmillos, ¿son poderosos?

—Son despreciables y ridículos: valen menos que los de un ratoncillo.

—¿Sus uñas son tan potentes como mis zarpas?

—Son mezquinas, ruines y a veces las llevan sucias; no, por las zarpas no conseguiría vencerte.

—¿Tendrá melena como éstas, que nosotros sacudimos orgullosos?

—No las tienen, y algunos son calvos.

Aquí el león moribundo abrió enormemente la espantosa boca: o fué que quiso reír y no pudo, o fué que empezó el estertor.

—Y las hembras de ese animal, ¿son terribles?

El leonazo hizo un movimiento como para levantarse; pero no pudo y se quedó pensativo, entornando los ojos y respirando penosamente con el hipo de la agonía. Hizo un esfuerzo y dijo al fin: — La hembra del hombre ¡es una real hembra!; pero es más temible que el macho.

—¿Es mucha su fortaleza?

—Parece que no, pero es grande.

—¿Y tiene uñas? ¿colmillos? ¿dientes?

—Vaya si tiene colmillos y uñas.

—¿Y melena?

—¡Ah! ¡Hermosísima! — Y el león lanzó el último rugido.

Después sólo pronunció estas palabras:

—Mi consejo, mi último consejo; no luches con el hombre... huye... huye del hombre y sobre todo de la mujer.

Abrió la bocaza; quiso tragar aire; no pudo: se estremeció su cuerpo; dobló majestuosamente la cabeza y murió el león padre.

Empezó el reinado del león hijo.

Cuando éste comprendió que su padre había muerto, no lloró porque los leones no lloran; pero se tendió junto a él, acercó su cabeza enorme a la enorme cabeza del difunto, y así se quedó un rato. Los dos hocicos se unieron, el ardiente y el helado. Las dos melenas se mezclaron, como si dos llorones de cementerio se enredasen, o dos aguaceros de lágrimas se confundieran en uno solo.

Al fin el hijo se levantó: sacudió la cola y melenas y rugió: ya no quedaba más que un león: el león era él.

Salió de la caverna: a zarpazos hizo rodar unos cuantos pedruscos, hasta cerrar completamente la entrada. El león muerto tenía ya su tumba, ni más ni menos que un faraón.

El león vivo se alejó por el monte y trompeteó el nuevo reinado con tres poderosos rugidos; pero aquella noche no devoró ningún animal, no tenía hambre. Durmió poco y lo poco que durmió fué soñando con el último consejo de su padre. ¡El hombre!

José ECHEGARAY.

Los consejos de un padre

II

¡El hombre! ¿Por qué sería el hombre tan temible?

A la mañana siguiente despertó y se echó por el mundo. ¿Encontraría el hombre? Y si lo encontraba, ¿debería huir cumpliendo la última voluntad de su padre?

De pronto sonó algo estrepitoso y terrible: algo a modo de rugido. Debía ser el hombre que rugía.

Pero no: era un borrico que rebuznaba con rebuznos formidables.

El león, por impulso que no pudo contener, acometió al borrico, le derribó y le sujetó con sus poderosas garras.

—¿Eres el hombre? — le preguntó.

—No — contestó el pobre animal. — No soy el hombre, aunque he oído decir que algunos se parecen a mí. Es un burro, es un borrico, es un pollino, se dice de muchos.

—¿Y tú eres fuerte?

—Ya ves que no: me tienes sujeto, me clavabas las uñas y no me muevo.

—Sin embargo, tu rugido es potente; no me dió miedo pero me alarmó.

—No te fíes; muchos hay que rebuznan fuerte, y en el fondo son unos pobres diablos como yo, unos pollinos.

—¿Dónde encontraré al hombre?

—Sigue este valle, salva esa montaña y quizá lo encuentres al otro lado.

El león soltó al borrico y siguió su camino.

De pronto, algo se le enredó a una pierna; era una serpiente. Con violenta sacudida la arrojó a distancia; dió un salto y la sujetó con la pata.

—¿Eres el hombre? — le preguntó.

—No soy el hombre; soy la serpiente.

—¿Se parece a tí?

—Algunos se parecen a mí; como yo se arrastran, y como yo son venenosos.

—¿Dónde encontraré al hombre?

—Sigue por la montaña; al bajar de ella acaso le encuentres. Pero déjame, que pesas mucho.

Y forcejeó la serpiente y quiso morderle.

—Eres un animal muy feo — dijo el león. — A un borrico se le perdona; a un mal bicho se le aplasta y se le desgarr.

Y aplastó y desgarró al reptil.

Continuando su camino pasó la cresta de la montaña y empezó a bajar.

De pronto vió un animal que corría, y saltando sobre él, sin esfuerzo alguno lo sujetó, porque era pequeño y poco robusto.

—¿Quién eres? ¿Acaso eres el hombre?

—Soy el zorro — dijo el animalejo, — y valgo tanto como él por mi travesura aunque los hay muy zorros; entro en sus corrales y me como sus gallinas, y él sólo aprovecha las que le dejo.

—¿Pero le conoces?

—Mucho y desde hace mucho tiempo.

—Pues ven conmigo.

Y el león y el zorro echaron a andar y pronto penetraron en el bosque.

En esto saltó un mono, se subió a un árbol y desde arriba hizo gestos burlescos a su dueño y señor, el rey de las selvas.

—¿Qué animal es ese? — preguntó el león a su acompañante el zorro; — ¿es acaso el hombre?

—No es el hombre pero se le parece mucho. Algunos suponen que son hermanos o, por lo menos, primos.

—Qué el hombre es así? — dijo el león, y lanzó un rugido a modo de formidable carcajada. — Pero entonces mi padre deliraba. ¡El hombre temible! ¡Temible ese engendro ridículo! Voy a buscarlo, siquiera por el gusto de cortarle la cola.

—Ya no la tiene — dijo el zorro con malicia, — se le ha ido consumiendo.

—Adelante. A buscar al hombre. A domar su orgullo. Orgulloso un hombre tan ruin, tan despreciable, tan malvado, tan ridículo. Un ser que se parece al borrico por el entendimiento, a la serpiente por lo rastroero y venenoso, al mono por la figura, y a quien el zorro le come las gallinas. ¡A él! ¡A él! — rugió el león con poderosos rugidos.

José ECHEGARAY.

Los consejos de un padre

III

Otro animal le cerró el paso; le desafió valiente; le ladró furioso.

—No hables mal del hombre, animal bárbaro y salvaje. El hombre es bueno, es noble, es mi compañero; parte conmigo su pan, duermo a los pies de su cama. Si le ofendes, me ofendes a mí; si luchas con él, lucharé a su lado; mi cuerpo será escudo que pare tus zarpa-

—Eres valiente — dijo el león. — Quien cuenta con tan buen amigo, algo bueno tendrá. El hombre no tiene nada bueno, como no sean sus gallineros — refunfuñó el zorro. Pero un águila real llegó desde un picacho y tomó parte en la discusión.

—Calla, animalejo ruin: el hombre es un animal de cuenta: lo digo yo, que miro las cosas desde muy arriba.

—Lo dices y lo defiendes porque te adula, poniéndote por gala y vanidad en sus escudos de piedra.

—Lo digo porque lo sé, y porque un día me lo reveló Jove en confianza.

El león levantó la cabeza y preguntó: — ¿El hombre vuela como tú?

—El no vuela; pero en su cabeza, como en jaula misteriosa lleva una ave que vuela más que yo y que sube más alto.

—¿Cómo se llama?

—El pensamiento.

—No lo conozco.

—Tampoco yo.

El león se quedó pensativo. ¿Qué sería el hombre?

Los borricos hablaban de él con desprecio, las serpientes con envidia, los zorros con burla, los monos le imitaban; pero el perro le defendía y el águila le respetaba; su padre, el más poderoso león de los bosques, mostró temor al hablar del hombre.

¿Qué debería hacer? ¿Respetar la última voluntad del león moribundo o buscar resuelto y domar valeroso al que pretendía ser rey de la creación?

Vaciló pero el zorro le dijo:

—Eres el animal más fuerte que existe: eres nuestro soberano, ¿y vas a huir cobardemente ante el hombre de quien me burlo yo así todos los días y por de contado todas las noches? ¿Quién como tú? ¿Quién se te iguala?

—¿Y el consejo de mi padre? ¿Y su memoria que yo respeto? ¿Y su experiencia?

—Tu padre estaba chocho: los años apagaron su entendimiento y gastaron sus fuerzas.

El león se decidió a buscar al hombre y a combatir con él. Continuó caminando por el bosque con el zorro al lado, el perro delante, el mono de árbol en árbol y el águila por los aires.

Al fin, el zorro le dijo — mira: allí está. Aquél que va a caballo con arco y flechas, aquél es el hombre.

—Pero aquel animal que cruza a lo lejos es muy grande y tiene cuatro patas y tú me dijiste que el hombre se parecía al mono.

—Es que el hombre, a veces tiene cuatro patas o las merece — replicó el zorro con sorna. — De todas maneras, has de saber que aquel hombre va a caballo.

—Pues a él — rugió el león y avanzó potente y valeroso.

Empezó la lucha.

El hombre a veces huía, a veces disparaba una flecha; y en retiradas y acometidas y evoluciones, atrajo al león hacia unos matorrales.

De pronto al dar el león un salto, le faltó tierra y cayó en un foso profundo.

Quiso salir y sintió que unas fuertes ligaduras le sujetaban manos y pies y todo el cuerpo.

Había caído en una trampa; estaba perdido. Después de bregar un rato lo comprendió y murmuró con roncadas voces: — Mi padre tenía razón, debí huir del hombre; pero ya es tarde; y se dispuso a morir con dignidad, que es lo que todo el mundo debe hacer cuando se convence que la muerte llega.

El león se quedó inmóvil y dobló la majestuosa cabeza.

Al borde del hoyo se asomaron con curiosidad el hombre, el perro, el zorro y el mono; el águila se puso a plomo y miró desde arriba.

El hombre le arrojó una piedra al león a ver si podía aplastarle la cabeza.

Pero el león le dijo:

—“No me pegues ni me hieras en la cabeza, que la tengo muy dura, y tampoco es ella la culpable. Hiéreme con una de las flechas en los oídos; los culpables son ellos, que no oyeron el consejo de mi padre; hiéreme en el corazón, que no le quiso ni respetó como debía”.

Y volviéndose el león, presentó el noble pecho.

El hombre, que a veces es compasivo, atendió a su ruego, le disparó una flecha y el león quedó muerto en el fondo de la fosa.

El hombre se inclinó gozoso, pensando: — Hermosa piel; se la arrancaré en cuanto me asegure que ha muerto.

El zorro se deslizó mirando al hombre de reojo, y diciendo para sí: — Ahora que estás entretenido, voy a comerme tus gallinas.

El mono saltó sobre el perro, y en él se montó mirando al hombre; caballero cuadrumano y caballo perruno, salieron corriendo del bosque.

El águila se remontó diciendo: — El hombre mató al león; hay que subir mucho para que no me alcance; ¿quién sabe si algún día no me alcanzará?

José ECHEGARAY.



Al Gran Lo respetable

Una ballena vieja y arrugada,
con pocos dientes, casi ya sin vista,
o a lo menos con vista muy cansada,
andaba por los mares poco lista,
arrastrando su mole fatigada.

Ella que huyó al arpón del ballenero
cuando tenía el cuerpo más ligero,
perdido ya el olfato y la destreza,
no asomaba a flor de agua la cabeza,
temiendo siempre al pescador artero.

—¿Pues cómo el pez hallaba y engullía?
—¡Es natural! El miedo aún subsistía
que infundiera, y, con santa devoción,
a ser comido el pez se sometía
por respeto a la antigua tradición.

J. M. BARTRINA

Libertad I

Llamó mi atención perdida por las flores de la vereda, un pajarillo lleno de luz, que, sobre el húmedo prado verde, abría sin cesar su preso vuelo policromo. Nos acercamos despacio, yo delante, Platero detrás. Había por allí un bebedero umbrío, y unos muchachos traidores le tenían puesta una red a los pájaros. El triste reclamillo se levantaba hasta su pena, llamando, sin querer, a sus hermanos del cielo.

La mañana era clara, pura, traspasada de azul. Caía del pinar vecino un leve concierto de trinos exaltados, que venía y se alejaba sin irse, en el manso y áureo viento playero que ondulaba las copas. ¡Pobre concierto inocente, tan cerca del mal corazón!

Monté en Platero, y, obligándolo con las piernas, subimos, en un agudo trote, al pinar. En llegando bajo la sombría cúpula frondosa, batí palmas, canté, grité. Platero, contagiado, rebuznaba una vez y otra, rudamente. Y los ecos respondían, hondos y sonoros, como en el fondo de un gran pozo.

Los pájaros se fueron a otro pinar, cantando.

Platero, entre las lejanas maldiciones de los chiquillos violentos, rozaba su cabezota peluda contra mi corazón, dándome las gracias hasta lastimarme el pecho.

Juan R. JIMENEZ.

Al Gran Pueblo Argentino, Salud

He leído los acentos fragorosos,
como rudos cañonazos de batalla
que en apóstrofes valientes lanza el genio
de Argentina sobre Hispania;
he leído las estrofas de centellas
que magnífica modula la señora de las Pampas
al cantar la independencia
que rompió los eslabones que a su trono la enlazaban;
y al sentir las torrenciales armonías de palabras
en que forman explosión los adjetivos,
en que surgen de los verbos lumbraradas,
en que arrojan culebrinas los pronombres,
en que silban y se enroscan como llamas
los feroces alaridos
de las bélicas estrofas inflamadas;
al leer esos apóstrofes de incendio
de una guerra, no a la patria,
sino guerra de sublimes ideales,
ha gozado como en éxtasis mi alma,
pues por una inmensa acústica de siglos
he creído que a mi espíritu llegaban
los acentos del león, con que al planeta
aterró el brío gigante de la raza,
al hacerse la señora de dos mundos
y oprimir el globo entero entre las llaves de sus garras.

Ha sentido mi cerebro
que del fondo de la historia me llegaban
cual por un viejo fonógrafo encantado,
los rugidos imperiales de la patria,
los aullidos del león que no contento
con tener un continente ante su planta,
trazó un brinco sobre el lomo del Atlántico,
sacudiendo su melena de metrallas,
y abordó otro continente misterioso
que sacó virgen y grande de la cuna de las aguas.

Del león que así rugía,
tú aprendiste los apóstrofes que lanzas;
eres hijo de un león, himno guerrero,
y por eso cuando increpan tus palabras,
me parece que estremécese la tierra
como en siglos ya remotos de grandezas legendarias.

De una estirpe de valientes
llevas fuego belicoso en tus entrañas,
y lo mismo que oye un padre las bravuras
de los hijos amorosos que engendrara,
y celebra que manejen con denuedo
las espadas,
y se goza en que prolonguen de la estirpe
los gloriosos pergaminos donde escriben sus hazañas,
así goza con tu brío
quien te dió el temple inmortal y la prosapia,
y te puso los aceros en las manos,
los aceros de las hojas toledanas,

Releyendo las estrofas de ese himno,
yo he sentido los estruendos y las armas
de los héroes que salieron de Castilla
a tender un varillaje de caminos que crearan
y alargaran los heroicos derroteros
sobre las remotas lontananzas,
ocultando con el épico abanico
¡todo el mapa!

Yo he pensado percibir en sus cadencias,
las magníficas hazañas
que llevaron por el orbe
sus lanzones, sus corazas,
sus espuelas, sus escudos,
sus triunfales oriflamas,
sus lorigas, sus rodeles,
y el Idioma de hermosura soberana
que como una mariposa de divinos resplandores
fué posándose en los labios y parándose en las almas.

Al cantor que escribió el himno belicoso
con el brío de sus zarpas,
y al que dióle melodías inmortales
de su espíritu arrancadas,
bajen juntas dos banderas:
la de España
que nació del rojo y oro de una aurora
que alumbró veinte naciones castellanas
y las hizo sucesivas epopeyas
de los trágicos fulgores de Sagunto y de Numancia,

y el sagrado lienzo azul de la Argentina
que en su lucha con las tintas de aquel alba,
partió el cielo en dos mitades estupendas,
que enlazó una cinta blanca,
y formóse la bandera que es el cielo
en que dando luz al mundo,
se abre el sol de la mañana.

Salvador RUEDA.



Constantinopla

En medio del Bósforo, entre las dos orillas adornadas por casas y palacios hay un ininterrumpido desfile de paquehotes, de enormes buques modernos o de hermosos veleros a la antigua, que caminan por grupos tan pronto como se levanta viento propicio; cuanto producen y exportan los países del Danubio, el Sur de Rusia, y hasta la lejana Persia y el Bukara, entra por ese verde pasillo con la perpetua corriente de aire que va desde las llanuras del Norte al Mediterráneo.

Más cerca de los ribazos, el ir y venir de las embarcaciones de toda forma: canoas, caiques ligeros con remeros cuya ropa está bordada de oro, moseas eléctricas y barcazas pintarrajeadas y doradas, en las que pescadores reman en pie, tendiendo sus largas redes que todo lo recogen al paso. Y, por entre todas esas cosas en movimiento, continuas y ruidosas barcas de ruedas, desde por la mañana hasta por la noche transportan, entre las escalas de Asia y las de Europa, hombres con fcz rojo y señoras veladas.

A derecha e izquierda, a lo largo de aquel Bósforo, veinte kilómetros de casas, entre jardines y árboles, miran por sus millares de ventanas, aquella agitación que no cesa, sobre el agua verde o azul. Ventanas libres o ventanas enrejadas de los impenetrables harenés. Casas de todas las épocas y de todos los estilos.

Del lado de Europa algunas villas extravagantes de levantinos atacados de delirio, fachadas compuestas y hasta arte nuevo, nauseabundas al lado de las armoniosas moradas de la vieja Turquía, pero que todavía no se notan mucho en aquel bello conjunto.

Del lado de Asia en donde no hay casi más que turcos, desdeñosos de la baratijería moderna y celosos de silencio, puede uno costear de cerca la tierra, pues está intacto el encanto oriental que aún se cierne allí sobre todas las cosas.

En cada uno de los recodos de la orilla, en cada bahía que se abre al pie de las colinas cuajadas de árboles, aparece el mismo misterio oriental.

Nada de caminos para seguir el borde del agua; cada casa tiene según la costumbre antigua, su maleconcito de mármol, apartado y cerrado, en donde pueden estar las mujeres del harén, con ligero velo, para mirar a sus pies el agua que corre y los barcos.

Antiquísimos cementerios cuyos monolitos dorados parecen haberse puesto en la orilla, para mirar ellos también, los navíos que pasan y el acompasado movimiento de los remeros. Mezquitas bajo venerables plátanos seculares. Plazas de aldea en donde se están secando redes colgadas de ramas de árboles que forman toldos, y en donde soñadores con turbante están sentados en torno de alguna fuente de mármol, inalterablemente blanca, con piadosas inscripciones y arabescos de oro.

Cuando viniendo de Terapia y de la embocadura del mar Negro, desciende uno hacia Constantinopla, la legendaria belleza del Bósforo se desarrolla en crescendo de magnificencia, hasta la apoteosis final, que ocurre en el momento de abrirse el Mármara: entonces en la orilla izquierda aparece Scútari de Asia, y, en la derecha, por encima de los malecones de mármol y de los palacios del sultán, el elevado perfil de Stambul se alza con su hacinamiento de flechas y de cúpulas.

P. LOTI,

La victoria

¡Ah! no levantes canto de victoria
en el día sin sol de la batalla;
que has partido la frente de tu hermano
con el maldito golpe de la espada.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama;
cuando se postra el tigre en la llanura
las fieras todas aterradas callan...

¡Y tú levantas himno de victoria
en el día sin sol de la batalla?
¡Ah! sólo el hombre, sobre el mundo impío
en la caída de los hombres canta.

Yo no canto la muerte de mi hermano;
márcame con el hierro de la infamia,
porque en el día en que su sangre viertes
de mi trémula mano cae el arpa.

Ricardo GÜTIÉRREZ.

Gracias

Antes de que me vaya, pues ya me pesan los años, quiero dar las gracias...

Gracias por todo lo que me dieron: la salud, el sol resplandeciente, el aire impalpable, la vida...

Gracias, por los preciosos recuerdos de padres, hermanos, amigos; por todos los días de mi existencia, no sólo por los de paz, sino también de lucha; por las palabras suaves, las pruebas de afecto; por el pan, el agua y el abrigo...

Gracias también a vosotros, oh, lejanos lectores míos, desconocidos, perdidos en la sombra, innumerables... Nunca nos vimos y tal vez no nos veamos jamás... Sin embargo, hubo un momento en que nuestras almas se unieron íntima, estrechamente...

Gracias por los hermosos libros, los colores, las formas, las nobles acciones, las frases de consuelo...

Gracias a vosotros, hombres robustos y valientes, abnegados y audaces, que habéis acudido en socorro de la libertad en todos los tiempos y en todas las regiones...

Y a los soldados de la inteligencia, los más heroicos guerreros de la poesía y el pensamiento, generales del alma humana... gracias también.

Como un soldado que vuela después de terminada la contienda, como un viajero entre miles de ignorados viajeros, digo a la larga procesión pasada:

¡Gracias!... ¡Gracias desde el fondo de mi corazón, lleno de alegría!

Walt WHITMAN.

Fábula

Dé los lentes de un botánico
cayó un cristal, se hizo piezas,
y quedó sobre una hormiga
un pedazo al dar en tierra.

Las hormigas al pasar,
deteníanse, y, sorpresas,
contemplaban a una hermana
de tan rara corpulencia,
y la pequeñuela hormiga,
debajo del cristal presa,
convertidas en gigantes
miraba a sus compañeras;
en tanto el sabio reía
del terror de todas ellas.

¡Entre cristales de aumento,
cuánta gente se pasea!...

J. M. BARTRINA.

Los faros

Impetucsa es la Mancha con su estreecho do se sumerge el flujo del océano del Norte; áspero es el bar bretón con los violentos remolinos de sus cortaduras basálticas; mas, el golfo de Gascuña, desde Cordouan a Biarritz, es un mar de contradicciones, una enigma de combates.

En dirección al Mediodía se vuelve de repente extraordinariamente profundo, un abismo donde el agua se cuele. Un ingenioso naturalista lo compara a un gigantesco embudo que absorbiese bruscamente. La ola escapándose de allí bajo espantosa presión, se eleva a alturas de que no hay ejemplo en nuestros mares.

La marejada del Noroeste es el motor de la máquina, y si es un tanto más Norte empuja hacia el fondo del golfo, va a aplastar San Juan de Luz. Más Oeste, hace regolfar el Gironde y encasqueta sus horribles olas al infortunado Cordouan.

No se conoce bastante a ese respetable personaje, a ese mártir de los mares; y creo que de todos los faros de Europa es el más viejo. Uno solo puede disputarle su antigüedad, la célebre linterna de Génova; mas la diferencia es grande. Esta, que corona un fuerte, asentada tranquilamente sobre una roca excelente y muy sólida, puede reirse de las tormentas. Cordouan se encuentra sobre un escollo rodeado continuamente de agua. Es verdad que fué mucha audacia edificar sobre la misma onda,

¿qué digo? sobre la violenta onda, en medio del eterno combate de un río y un mar semejantes.

Estos le prodigan a cada momento o sendos latigazos o pesados bofetones que truenan sobre él como un cañonazo. Aquello es un eterno asalto. El mismo Gironda, empujado por las brisas terrestres, por los torrentes de los Pirineos, combate por momentos a ese portero del paso, como si fuera responsable de los obstáculos que le opone el océano.

Y, sin embargo, ese faro es la única luz que resplandece en aquel mar: todo el que se desvíe de Cordouan empujado por el viento Norte, corre peligro; también es fácil se aparte de Arcachon. Ese mar es tan terrible como tenebroso; de noche no se divisa una sola señal que guíe al navegante, ni hay un solo punto de abrigo.

Durante los seis meses que permanecí en aquellas playas, mi contemplación ordinaria, mejor diré, mi sociedad habitual era Cordouan. Perfectamente comprendía que su posición de guardián de los mares, de vigilante constante del estrecho, constituían aquella mole en una especie de personaje.

De pie, sobre el vasto horizonte de poniente, se ofrecía a mis ojos bajo cien aspectos distintos. A veces, en una zona de gloria triunfaba el sol; en otras ocasiones, pálido y apenas visible, flotaba entre la niebla presagiando desdichas; y al tender su negro manto la noche, cuando aparecía bruscamente su luz roja y lanzaba sus miradas de fuego, parecía un inspector celoso que vigilaba las aguas, penetrado e inquieto de su responsabilidad. No importa lo que en el mar sucediese, él siempre era el culpable: alumbrando la tormenta, solía arrancar alguna

víctima de sus brazos, y no obstante él tenía la culpa de la furia de los elementos.

Así es como la ignorancia acostumbra a tratar al genio, acusándole de los males que descubre. Me acuso en este sitio de haberle tratado yo mismo con injusticia. Si no se encendía a la hora acostumbrada, si sobrevenía el mal tiempo, le acusaba, le reprendía. “Ah, Cordouan, Cordouan, ¿no puedes traernos, blanco fantasma, más que huracanes?”.

J. MICHELET.



Insomnio

Dormid tranquilos, hermanitos míos,
dormid tranquilos, padres algo viejos,
porque el hijo mayor vela en su cuarto
sobre la casa y el reposo vuestro.

Estoy despierto y escuchando todos
los ruidos de la noche y del silencio,
el suave respirar de los dormidos,
alguno que se da vuelta en el lecho,

una media palabra de aquel otro
que sueña en alta voz; el pequeñuelo
que se despierta siempre a media noche,
y la tos del hermano que está enfermo.

Hay que educar a los hermanos chicos,
y asegurarnos días bien serenos
para la ancianidad, oh padre y madre,
dormid tranquilos que yo estoy despierto.

Fernández MORENO.

Un puerto

El cielo, oscurecido por el polvo que se eleva del puerto, aparece turbio. El sol ardiente mira las verdosas olas como a través de un tenue velo. No puede reflejarse en el agua que a cada momento alborotan los remos, las hélices, las quillas cortadoras de los faluchos turcos y los barcos de vela que recorren el puerto en todos sentidos. Y las olas, aprisionadas por el granito, aplastadas por el peso que soportan, chocan con los costados de los vapores, contra los muelles, chocan murmurando, espumajeando, turbias.

El ruido de las cadenas, el rodar de los vagones que acarrean las mercancías, el gemido metálico de las planchas de hierro que caen al suelo, el chirrido de los carromatos, las sirenas de los vapores, los gritos de los marineros y carabineros, todos aquellos ruidos se funden en uno solo: el del trabajo, y vibran como que se adormecen en el aire, cual si tuviesen miedo de desaparecer... Y del suelo suben sin tregua otros ruidos, ya sordos, ya estridentes, que desgarran la atmósfera soñolienta y abrasadora.

El granito, el hierro, la madera, los buques y los hombres, todo entona un himno furioso y apasionado al dios del tráfico. Pero las voces humanas parecen débiles y ridículas, así como los hombres, causa de esta batahola. Cubiertos de sucios harapos, encorvados bajo su carga,

se agitan entre el polvo, en una atmósfera de calor y ruido, y son ínfimos en comparación de los colosos de hierro que les rodean, de las montañas de mercancías, de los estrepitosos vagones y de todas estas cosas que ellos mismos han creado.

Su obra les esclaviza y les anula su personalidad.

Los buques gigantescos silban o suspiran profundamente, y en cada uno de los sonidos que emiten parece sonar irónico desprecio de los hombres que se arrastran por sus puentes y llenan sus flancos. Las largas filas de descargadores son lúgubrementes ridículas; transportan en hombros enormes cantidades de trigo que depositan en los abultados vientres de hierro de los buques, para ganar un pedazo de pan.

Los hombres, haraposos, sudorosos, embrutecidos por la fatiga, por el ruido y el calor; las máquinas brillantes, poderosas e impasibles, hechas por las manos de estos hombres, estas máquinas movidas no por el vapor sino por los músculos y sangre de sus creadores... ¡ironía cruel!

El ruido ensordece, el polvo irrita la nariz y los ojos, el calor quema el cuerpo y lo fatiga, y todo en torno parece maduro, impaciente, presto a estallar en una catástrofe grandiosa, después de la cual el aire será respirable de nuevo, la tierra cesará de producir este ruido y este movimiento... y la ciudad, el mar, el cielo, quedarán tranquilos y bienhechores.

Pero esto no es más que una ilusión alimentada por la infatigable esperanza del hombre y por su imperecedero anhelo de libertad...

Máximo GORKI.

El Puerto

Un puerto es morada encantadora para un alma cansada de las luchas de la vida. La amplitud del cielo, la arquitectura de las nubes, el colorido cambiante del mar, el centelleo de los faros, son prismas adecuados maravillosamente para distraerlos sin cansarlos nunca. Las formas esbeltas de los navíos de aparejo complicado, a los que la marejada imprime oscilaciones armoniosas, sirven para mantener en el alma el gusto del ritmo y de la belleza. Y además, sobre todo, hay una suerte de placer misterioso y aristocrático para el que ya no tiene curiosidad ni ambición, en contemplar, tendido en la azotea o apoyado de codos en el muelle, todos los movimientos de los que vuelven y de los que se van, de los que tienen todavía fuerza para querer, deseo de viajar o de enriquecerse.

Carlos BAUDELAIRE.



Don Quijote vendimio

Sarito

Para la vendimia, estando yo una tarde grana en la viña del arroyo, las mujeres me dijeron que un negrito preguntaba por mí.

Iba yo hacia la era, cuando él venía ya vereda abajo :
¡ Sarito !

Era Sarito, el criado de Rosalina, mi novia portorriquena.

Se había escapado de Sevilla para torear por los pueblos, y venía de Niebla, andando, el capote, dos veces colorado, al hombro, con hambre y sin dinero.

Los vendimiadores lo acechaban de reojo, en un mal disimulado desprecio; las mujeres, más por los hombres que por ellas, lo evitaban.

Antes, al pasar por el lagar, se había peleado ya con un muchacho que le había partido la oreja de un mordisco.

Yo le sonreía y le hablaba afable.

Sarito, no atreviéndose a acariciarme a mí mismo, acariciaba a Platero que andaba por allí comiendo uva; y me miraba, en tanto, noblemente...

J. R. JIMENEZ.

Don Quijote vencido

Don Quijote, maestro de la locura razonable y la sublime cordura, tiene en su historia una página que aquí es oportuno recordar: ¿Y habrá de él acción o concepto que no entrañe un significado inmortal, una enseñanza? ¿habrá paso de los que dió por el mundo que no equivalga a mil pasos hacia arriba, hacia allí donde nuestro juicio marra y nuestra prudencia estorba?...

Vencido Don Quijote en singular contienda por el caballero de la Blanca Luna queda obligado, según la condición del desafío, a desistir por cierto tiempo de sus andanzas y dar tregua a su pasión de aventuras. Don Quijote, que hubiera deseado perder, con el combate, la vida, acata el compromiso de honor. Resuelto, aunque no resignado, toma el camino de su aldea. “Cuando era — dice — caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que dí de mi persona”. Llega con Sancho al prado donde en otra ocasión habían visto a unos pastores dedicados a imitar la vida de la Arcadia y allí una idea levanta el ánimo del vencido caballero, como fermento de sus melancolías.

Dirigiéndose a su acompañante, le hace proposición de que, mientras cumplen el plazo de su forzoso retraimiento, se consagren ambos a la vida pastoril, y arrullados por música de rabeles, gaitas y albugues, concierten una viva y deleitosa Arcadia en el corazón de

aquella soledad amena. Allí les darán “sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas a pesar de la obscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podrán hacerse famosos no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos”... ¿Entiendes la trascendental belleza de este recuerdo? La condena de abandonar por cierto espacio de tiempo su ideal de vida no mueve a Don Quijote ni a la rebelión contra la obediencia que le impone el honor, ni a la tristeza quejumbrosa y baldía, ni a conformarse en quietud trivial y prosaica. Busca la manera de dar a su vida nueva sazón ideal. Convierte el castigo de su vencimiento en proporción de gustar una poesía y una hermosura nuevas. Propende desde aquel punto a la idealidad de la quietud como hasta entonces había propendido a la idealidad de la acción y la aventura.

Dentro de las condiciones en que el mal hado le ha puesto, quiere mostrar que el hado podrá negarle un género de gloria, el preferido y ya en vías de lograrse; mas no podrá restañar la vena ardiente que brota de su alma, anegándola en superiores anhelos; vena capaz siempre de encontrar o labrar el cauce por donde tienda a su fin, entre las bajas realidades del mundo.

José Enrique RODO.

La canción de los pinos

Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente
yo os amo. Sois dulces, sois buenos, sois graves,
Diríase un árbol que piensa y que siente,
mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestra frente la alada sandalia;
habéis sido mástil, proscenio, curul,
oh pinos solares, oh pinos de Italia,
bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,
en medio de brumas glaciales y en
montañas de ensueños, oh pinos nocturnos,
¡oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
tendiendo a la dulce caricia del mar,
oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,
¡oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos,
la isla dorada me ha dado un rincón
do soñar mis sueños, encontré los pinos
los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos,
por su aroma, aroma de inmensa flor,
su aire de monjes, sus largos cabellos,
sus saviás, ruidos y nidos de amor.

¡Oh pinos antiguos que agitara el viento
de las epopeyas, amados del sol!
¡Oh líricos pinos del Renacimiento,
y de los jardines del suelo español!

Los brazos eolios se mueven al paso
del aire violento que forma al pasar
ruidos de pluma, ruidos de raso,
ruidos de agua y espumas de mar.

¡Oh noche en que traje tu mano, Destino,
aquella amargura que aun hoy es dolor!
La luna argentaba lo negro de un pino,
y fui consolado por un ruiseñor,

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?
Aquél que no sienta ni amor ni dolor,
aquel que no sepa de beso y de cántico,
que se ahorque de un pino: será lo mejor...

Yo, no. Yo persisto. Pretéritas normas
confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.
¡Yo soy el amante de ensueños y formas
que viene de lejos y va al porvenir!

Rubén DARÍO.

Los libros para los niños

Para ser comprendido por la infancia, nada vale tanto como un gran talento.

Las obras que más agradan a los niños y a las niñas son las obras magníficas llenas de grandes creaciones, en las cuales el orden perfecto de las partes forma un conjunto claro, y que están escritas en un estilo enérgico y razonado.

Varias veces he hecho leer a los niños de corta edad algunos cantos de la Odisea, bien traducida. Y quedaban admirados. El Don Quijote es, haciéndole algunos cortes, la lectura más agradable a que puede entregarse un alma de doce años.

Yo, en cuanto supe leer, leí el generoso libro de Cervantes; me gustó tanto, y lo sentí tan bien, que a dicha lectura debo gran parte de la alegría que aún conserva mi espíritu.

Las obras maestras que he nombrado contienen un drama y personajes. El más hermoso libro del mundo carece de sentido para un niño, si las ideas están expresadas de un modo abstracto. La facultad de abstraer y de comprender la abstracción se desarrolla tarde y muy desigualmente en los hombres.

Que todo viva, que todo aparezca en la narración grande, amplio, potente; esto es lo que necesitan.

También vemos que si hay buenos libros escritos especialmente para los niños, estos libros son debidos, la

mayor parte, a autores prácticos en hablar a los hombres el lenguaje que les interesa. Citaré, por ejemplo, a Dickens, Desnoyers, Luis Ratisbonne.

En resumen, tengo poca afición a los especialistas de los niños.

En todo caso si escribe usted para niños, no se forme usted una manera especial. Razone muy bien, escriba muy bien. Es el único secreto para agradar a sus lectores.

Con decir esto no me quedaría más que decir, si desde hace veinte años no tuviésemos en Francia; y creo que en el mundo entero, la idea de que sólo hay que dar a los niños libros científicos, para no burlar su espíritu con la poesía. Esta idea sigue tan arraigada en la opinión pública, que al presente, cuando se reimprime a Perrault, sólo se hace para los artistas y bibliófilos. Vea usted, por ejemplo, las ediciones de Perrín y Lescure. Van a parar a las bibliotecas de los bolsistas.

Por el contrario, los catálogos ilustrados de los libros infantiles presentan para seducir, cangrejos de mar, arañas, nidos de orugas, motores de gas. Lo bastante para que horrorice ser niño. Al fin del año, los tratados de vulgarización científica, innumerables como las olas del océano, nos inundan y sumergen nuestro espíritu y el de nuestras familias. Nos ciegan, nos ahogan. Nada de hermosas formas, nada de nobles pensamientos, nada de arte. Solamente las reacciones químicas y estados fisiológicos.

Ayer me enseñaron el ¡Alfabeto de las maravillas de la industria!

Dentro de diez años seremos todos electricistas. Luis

Figuier, que es un hombre tranquilo, se exalta sólo al pensar que los niños pueden leer *Piel de Asno*.

Ha escrito un prólogo exclusivamente para inducir a los padres a quitarles a sus hijos los cuentos de Perrault y reemplazarlos por las obras del doctor Ludovieus Ficus.

Cierre usted ese libro, señorita Juana, deje usted el Pájaro Azul que tanto le gusta y estudie la eterización. Sería gracioso que a los siete años no hubiese usted formado una opinión sobre el poder anestésico del protóxido de ázoe.

Luis Figuer ha descubierto que las hadas son seres imaginarios, por lo cual, no puede resistir que se hable de ellas a los niños. Les habla del guano, que no tiene nada de imaginario. Pues bien, doctor: las hadas existen precisamente porque son imaginarias. Existen en las imaginaciones candidas y frescas, naturalmente inclinadas a la poesía, siempre joven, de las tradiciones populares.

El menor librito que inspira una idea poética, que sugiere un dulce sentimiento, que conmueve el alma, es infinitamente mejor para la juventud que todos los libros atestados de nociones mecánicas.

Y no tema usted engañar al niño poblando su imaginación de enanos o de hadas. El niño sabe muy bien que la vida no tiene esas encantadoras apariciones.

Es la ciencia recreativa lo que le engaña; ella es quien siembra errores difíciles de corregir. Los niños que no sienten desconfianza, se figuran — porque lo dice Julio Verne — que se va en un cañón a la luna y que un organismo puede sustraerse a las leyes de la gravedad.

Tales caricaturas de la noble ciencia de los espacios celestes, de la antigua y verdadera astronomía, carecen de verdad y de belleza.

¿Qué provecho sacan los niños de una ciencia sin método, de una literatura falsamente práctica que no habla ni a la inteligencia ni al sentimiento?

Habría que volver de nuevo a las hermosas leyendas, a la poesía de los poetas y de los pueblos, a todo lo que proporciona el estremecimiento de lo bello.

Pero nuestra sociedad está llena de farmacéuticos, enemigos de la imaginación.

Y hacen mal. Es ella quien, con sus mentiras, siembra la belleza y la virtud en el mundo. Sólo se es grande con ella. ¡Oh madres! no temáis que pierda a vuestros hijos; al contrario, los preservará de las faltas comunes y de los errores fáciles.

Anatole FRANCE.



La Rioja

La Rioja actual es una provincia argentina que está al norte de San Juan, de la cual la separan varias travесías, aunque interrumpidas por vales poblados.

De los Andes se desprenden ramificaciones que cortan la parte occidental en líneas paralelas, en cuyos vales están Los Pueblos y Chilecito, así llamados por los mineros chilenos que acudieron a la fama de las ricas minas de Famatina.

Más hacia el Oriente se extiende una llanura arenisca, desierta y agostada por los ardores del sol, en cuya extremidad norte y a las inmediaciones de una montaña cubierta hasta su cima de lozana y alta vegetación, yace el esqueleto de La Rioja, ciudad solitaria, sin arrabales y marchita como Jerusalén al pie del monte de los Olivos. Al sur y a larga distancia, limitan esta llanura arenisca, los Colorados, montes de greda petrificada cuyos cortes irregulares asumen las formas más pintorescas y fantásticas: a veces es una muralla lisa con bastiones avanzados, a veces, créese ver torreones y castillos almenados en ruinas.

Ultimamente, al sudeste y rodeados de extensas travесías, están los Llanos, país quebrado y montañoso, en despecho de su nombre, oasis de vegetación pastoso que alimentó en otro tiempo millares de rebaños.

El aspecto del país, es por lo general desolado, el clima abrasador, la tierra seca y sin aguas corrientes. El cam-

pesino hace represas para recoger el agua de las lluvias y dar de beber a sus ganados. He tenido siempre la preocupación de que el aspecto de la Palestina es parecido al de La Rioja, hasta en el color rojizo u ocre de la tierra, la sequedad de algunas partes, y sus cisternas, hasta en sus naranjos, vides e higueras de exquisitos frutos, que se crían donde corre algún cenagoso Jordán; hay una extraña combinación de llanuras y montañas, de fertilidad y aridez, de montes adustos y erizados y colinas verdinegras tapizadas de vegetación tan colosal como los cedros del Líbano.

Lo que más me trae a la imaginación estas reminiscencias orientales, es el aspecto verdaderamente patriarcal de los campesinos de La Rioja.

Hoy gracias a los caprichos de la moda, no causa novedad ver a hombres con la barba entera, a la manera inmemorial de los pueblos de Oriente; pero aun hoy no dejaría de sorprender por eso la vista de un pueblo que habla español y lleva y ha llevado siempre la barba completa, cayendo muchas veces hasta el pecho; un pueblo de aspecto triste, taciturno, grave, taimado, árabe, que cabalga en burros y viste, a veces, de cueros de cabras, como el ermitaño de Enggady.

Lugares hay en que la población se alimenta exclusivamente de miel silvestre y algarrobo, como de langosta, San Juan en el desierto.

El llanista es el único que ignora que es el ser más desgraciado, más miserable y más bárbaro; y gracias a ésto vive contento y feliz cuando el hambre no lo acosa.

D. F. SARMIENTO,

Desde que el padre está ciego...

Desde que el padre está ciego,
no hay donaires ni alegrías;
y es la dulce primavera
y todo es plata y es brisa...

Ayer, en el cielo azul,
llegaron las golondrinas,
hay músicas en los árboles,
el aire está de sonrisas...

Y los niños dicen: —Padre,
ya está la acacia florida...
y el padre pone en la acacia
sus manos, y la acaricia

dulcemente, como si
le diera a sus manos frías
la terneza y la blancura
de su barba blanca... Un día

sus ojos fueron azules,
— era en mayo: rosas, brisas,
sol, — azules frente al rosa
de las acacias floridas.

En aquel tiempo de luz
él miraba la campiña
con sus ojos, no eran blancos
sus cabellos todavía...

él esperó con sus ojos
las alegres golondrinas...
vió pasar la primavera...
los niños se le reían...

... Los niños dicen: —Padre,
ya está la acacia florida...
y el padre pone en la acacia
sus manos y la acaricia...



J. R. JIMENEZ

La flor de la champaca

Oye, madre, si solo por jugar, ¿eh?, me convirtiera yo en una flor de champaca, y me abriera en la ramita más alta de aquel árbol, y me meciera en el viento riéndome, y bailara sobre las hojas nuevas... ¿sabrías tú que era yo, madre? Tú me llamarías: “Niño, ¿dónde estás?” Y yo me reiría para mí y me quedaría muy quieto. Abriría muy despacio mis pétalos, y te vería trabajar.

Cuando, después del baño, con el mojado pelo abierto sobre los hombros, pasaras tú por la frescura de la champaca al patinillo donde rezas, sentirías el perfume de la flor, madre, pero no sabrías que salía de mí. Después de la comida de las doce, cuando estuvieras sentada a la ventana, leyendo el Ramayana, y la sombra del árbol te cayera en la falda y en el pelo, yo echaría mi sombrita chica sobre la hoja de tu libro, en el mismito sitio en que leyeras.

Pero ¿adivinarías tú que era la sombra de tu hijito? Cuando al anochecer, la lámpara en la mano, fueras tú al establo, de pronto caería yo otra vez al suelo, y sería otra vez tu niño, y te pediría que me contaras un cuento.

¿Dónde has estado tú, picarón? “No te lo digo, madre”, nos diríamos.

R. TAGORE.

Supresión de honores al Presidente de la Junta

La libertad de los pueblos no consiste en palabras, ni debe existir en los papeles solamente.

Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad; y ese cántico maquinal es muy compatible con las cadenas y opresión de los que lo entonan. Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad. ¿Si me considero igual a mis conciudadanos, por qué me he de presentar de un modo que les enseñe que son menos que yo? Mi superioridad sólo existe en el acto de ejercer la magistratura que se me ha confiado; en las demás funciones de la sociedad soy un ciudadano, sin derecho a otras consideraciones, que las que merezca por mis virtudes.

No son estos vanos temores de que un gobierno moderado puede alguna vez prescindir. Por desgracia de la sociedad existen en todas partes hombres venales y bajos que no teniendo otros recursos para su fortuna, que los de la vil adulación, tientan de mil modos a los que mandan, lisonjean todas sus pasiones y tratan de comprar su favor a costa de los derechos y prerrogativas de los demás. Los hombres de bien no siempre están dispuestos ni en ocasión de sostener una batalla en cada tentativa de los bribones y así se enfría gradualmente el espíritu público, y se pierde el horror a la tiranía.

Permítasenos el justo desahogo de decir a la faz del mundo, que nuestros conciudadanos han depositado provisoriamente su autoridad en nueve hombres; a quienes jamás trastornará la lisonja, y que juran por lo más sagrado que se venera sobre la tierra no haber dado entrada en sus corazones a un solo pensamiento de ambición o tiranía; pero ya hemos dicho otra vez, que el pueblo no debe contentarse con que seamos justos, sino que debe tratar que lo seamos forzosamente. Mañana se celebra el Congreso, y se acaba nuestra representación; es, pues, un deber nuestro disipar las preocupaciones favorables a la tiranía, que si por desgracia nos sucediesen hombres de sentimientos menos puros que los nuestros, no encuentren en las costumbres de los pueblos el mayor apoyo para burlarse de sus derechos.

En esta virtud ha acordado la Junta el siguiente reglamento, en cuya puntual e invariable observancia empeña su palabra y el ejercicio de todo su poder:

1. — El artículo 8 de la orden del día 28 de mayo de 1810, queda revocado y anulado en todas sus partes.

2. — Habrá desde este día absoluta, perfecta e idéntica igualdad entre el Presidente y demás vocales de la Junta, sin más diferencia que el orden numerado y gradual de sus asientos.

3. — Solamente la Junta reunida en actos de etiqueta y ceremonia, tendrá los honores militares, escolta y tratamiento que están establecidos.

4. — Ni el Presidente, ni algún otro individuo de la Junta en particular revestirán carácter público, ni tendrá comitiva, escolta o aparato que lo distinga de los demás ciudadanos.

5. — Todo decreto, oficio y orden de la Junta deberá ir firmado por ella debiendo concurrir cuatro firmas, cuando menos, con la del respectivo secretario.

6. — Todo empleado, funcionario público o ciudadano, que ejecute órdenes, que no vayan suscriptas en la forma prescripta en el anterior artículo, será responsable ante el gobierno de la ejecución.

7. — Se retirarán todos los centinelas del palacio, dejando solamente los de la puerta de la Fortaleza y sus bastiones.

8. — Se prohíbe todo brindis, viva o aclamación pública en favor de individuos particulares de la Junta. Si éstos son justos, vivirán en el corazón de sus conciudadanos: ellos no aprecian bocas que han sido profanadas con elogios de los tiranos.

9. — No se podrá brindar sino por la patria, por sus derechos, por la gloria de nuestras armas, y por objetos generales concernientes a la pública felicidad.

10. — Toda persona que brindare por algún individuo particular de la Junta, será desterrado por seis años.

11. — Habiendo echado un brindis don Atanasio Duarte, con que ofendió la probidad del Presidente, y atacó los derechos de la Patria, debía perecer en el cadalso; por el estado de embriaguez en que se hallaba, se le perdona la vida; pero se le destierra perpetuamente de esta ciudad, porque "un habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, debe tener impresiones contra la libertad de su país".

12. — No debiendo confundirse nuestra milicia nacional con la milicia mercenaria de los tiranos, se prohíbe que ningún centinela impida la libre entrada en toda

función y concurrencia pública a los ciudadanos decentes que la pretendan. El oficial que quebrante esta regla será depuesto en su empleo.

13. — Las esposas de los funcionarios públicos, políticos y militares, no disfrutarán los honores de armas ni demás prerrogativas de sus maridos; estas distinciones las concede el estado a los empleos, y no pueden comunicarse sino a los individuos que los ejercen.

14. — En las diversiones públicas de toros, ópera, comedia, etc., no tendrá la Junta palco ni lugar determinado: los individuos de ella que quieran concurrir, comprarán lugar como cualquier ciudadano; el Excmo. Cabildo, a quien toca la presidencia y gobierno de aquellos actos, por medio de los individuos comisionados para el efecto, será el que únicamente tenga una posición de preferencia.

15. — Desde este día queda concluido el ceremonial de iglesia con las autoridades civiles; éstas no concurren al templo a recibir incienso, sino a tributarle al Ser Supremo. Solamente subsiste el recibimiento en la puerta por los canónigos y dignidades en la forma acostumbrada. No habrán cojines, sitio, ni distintivo entre los individuos de la Junta.

16. — Este reglamento se publicará en La Gaceta, y con esta publicación se tendrá por circulado a todos los jefes políticos, militares, corporaciones y vecinos, para su puntual observancia.

Mariano MORENO.

Nota: Publicado en "La Gaceta de Buenos Aires", el 8 de diciembre de 1810.

La madre

Lo que voy a referir no es un cuento, apenas si constituye el relato de un hecho simplísimo, común. Les ocurre con frecuencia a los individuos que el menor detalle, la más insignificante observación, recogidas en circunstancias dadas, adelantan su evolución espiritual de golpe, haciéndoles comprender cosas y pensamientos que estaban en su mundo subconsciente, desde varios años, como madurando.

Estos hechos son a modo de nudos practicados en el hilo íntimo de aquella evolución espiritual, y el recuerdo tropieza continuamente con ellos. Pues es el caso que tenía yo una prima a quien llamaremos Enriqueta si nadie se opone.

Enriqueta, mi prima, era la muchacha más fría del mundo: ojos claros, tan claros que parecían perderse en la luz; pequeña nariz fina, labios que eran apenas una línea rosada.

No se sabía si era o no inteligente, pues no hablaba ni opinaba nunca.

Todo estaba para ella bien hecho y, cuando algo parecía mal, su opinión hacía sentir en la acción, y no en la palabra.

En la escuela fué como otros tantos; un cerebro que recibe lo que otro da: fácil negocio...

Así pues Enriqueta vivía como al margen de la casa, sin estorbar, sin presionar, sin dar ni pedir,

En cambio yo era como una lámpara demasiado viva, y monopolizaba el espacio casero, saltando aquí, diciéndolo un verso por allá, revoliendo opiniones, aturdiendo a preguntas, inventando mentiras novelescas; siempre andaba yo por culpa de mi imaginación traviesa e inventora, con cuentas atrasadas que saldar. La familia había convenido en que yo era la gloria de la casa y llevaba mi cargo con cierta dignidad protocolar.

Es verdad que en aquel tiempo imaginaba que la gloria era cosa tan solemne y pesada que para evitar que el cuello se quebrara en un descuido, al soportarla, era menester llevarlo erguido, tieso, más o menos, como suelen hacer esas habilísimas mujeres que ponen sobre la cabeza un gran atado de ropa y se balancean pacientemente para mantenerlo en equilibrio.

Enriqueta era dentro de la casa una valla opuesta a mi torrente; suerte de orilla que mira pasar el agua indiferente, y la limita sin esfuerzo.

Nos queríamos sin entendernos, acaso por mutua bondad, pero yo la querellaba continuamente.

Una mañana en que la ví saltar de la cama con gran agilidad sufrí como una sorpresa.

Reí de ella en grande, aconsejándola con la superioridad que me daba la consideración de toda la familia nuestra, que se ejercitara en el salto, todos los momentos, pues un día de estos al querer levantarse, se encontraría con que sus piernas no articulaban, transformadas en piedra.

Debo prevenir que ya comenzaba yo mis pininos literarios, y abusaba de la imagen y la comparación y me escuchaba satisfecha.

Aquella rara prima mía vió morir a su padre sin derramar una lágrima!...

Vamos: tonta, fría y hasta mala.

Estuvimos luego separadas más de siete años.

Cuando la vida nos acercó de nuevo supe que se había casado... ¿con quién?

Tuve la sensación de que su marido sería un señor muy pálido, muy alto y muy flaco y me extrañó grandemente que se hubiera casado y sobre todo que tuviere ya cuatro chicos.

Fuí a verla.

Me recibió con su imperceptible risa de siempre; un beso en la mejilla más liviano que el roce de un tul; me mostró su casa con pocas palabras; me presentó su marido que no era ni alto, ni flaco, ni pálido.

Su niña mayor tenía aproximadamente seis años; Qué espléndida criatura! Acaso nunca la ví más bella: los ojos vivísimos, negros y profundos, contrastaban con el cabello rubio, caído en grandes tirabuzones; las carnes rosadas y firmes, pujaban por vencer la piel en una potencia vital asombrosa.

Y era tan dulce!... Me enamoré de la criatura; repetía a mi prima a cada instante: no se parece nada a tí; la has robado; la cigüeña que te la trajo no trató contigo.

En cambio el hijito segundo era de lo más feo y desabrido que imaginarse pueda: muy roja la cara, los ojos azules y redondos como dos bolitas de vidrio, desviada la mirada; casi blanco el cabello a fuerza de ser rubio, y hosco y reconcentrado como la madre.

Huyó de mí cuantas veces quise acercármele.

Los más pequeños me interesaron poco.

Cuando me retiré de la casa y al recordarla en conjunto, se me aparecía como una sombra que destacara una luz fascinante: la hermosa criatura aquella... La mayorcita... Los demás, incluso mi prima, no me habían tocado el corazón.

Volví a la casa, cargada de paquetes una y varias veces.

Cuando entraba, los chicos me recibían gritando alegremente: ¡la tía! ¡la tía!

Pero la tía daba un tirón de orejas a éste, un beso a aquél, y poniendo sobre las faldas a la criatura maravillosa, le enseñaba versos, le acariciaba el cabello y le besaba la punta de las uñas.

Fué así cómo, una tarde, mientras la criatura, como los gatos mimados, hacía un ovillo en mi falda, el niño de los ojos redondos y el rubio cabello como estopa, sentóse en un rincón de la habitación y con los ojos fijos y muy abiertos miró a su hermana en mis brazos.

Y yo, al contemplarlo inmóvil como una pequeña estatua, hosco y huraño como siempre, razonaba con mi clara inteligencia, con mi perspicacia de observadora: Está hecho de la misma piedra que la madre; allí está quieto sin que un solo músculo se le mueva... las bolitas de sus ojos como su alma... hielo puro. Fué entonces cuando mi prima se me acercó, y en voz baja, rápidamente como si las palabras se le escaparan, me dijo: —“Pobrecito; está mirando a su hermana en tu falda como una golosina; porque es tan feo y defectuoso no lo acaricias nunca!”

No podría expresar cómo fueron dichas estas palabras: gráficamente las representaría con una línea muy fina quebrada en ángulos.

Recuerdo ahora que la sangre me acaloró el rostro como si me hubieran sorprendido hurtando.

La vergüenza horrible, la vergüenza de no entender un sentimiento claro que estaba ante mis ojos ciegos, me estrujó el corazón.

Y aquella frase certera, precisa, que descubría la verdad mía y la del niño me tuvieron un instante como anonadada.

Luego de un salto estuve al lado de la criatura; le cubrí de besos los ojos torcidos, los cabellos ásperos y las manos rojas como con desesperación.

Sí, yo era muy inteligente, muy perspicaz; decía muy bien los versos, pero el corazón humilde e instintivo de mi prima había entendido y sin falla, mucho más que yo.

Desde entonces mis ideas sobre la inteligencia humana han cambiado mucho.

Alfonsina STORNI.



Cuento a Margarita

Margarita, está linda la mar,

y el viento

lleva esencia sutil de azahar;

yo siento

en el alma una alondra cantar

tu acento.

Margarita, te voy a contar

un cuento.

Este era un rey, que tenía

un palacio de diamantes,

una tienda hecha del día

y un rebaño de elefantes,

un kiosko de malaquita,

un gran manto de tisú

y una gentil princesita

tan bonita,

Margarita,

tan bonita como tú.

Una tarde, la princesa

vió una estrella aparecer;

la princesa era traviesa,

y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
y una pluma y una flor.

(Las princesas primorosas
se parecen mucho a tí:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así).

Pues se fué la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá...
Mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
por los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: —¿Qué te has hecho?
te he buscado y no te hallé...
Y qué tienes en el pecho
que encendido se te ve?

La princesa no mentía
Y así dijo la verdad:
—Fuí a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad.

Y el rey llama: —¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar.

Y dice ella: —No hubo intento;
yo me fuí no sé por qué;
por las olas y en el viento
fuí a la estrella y la corté.

Y el papá dice enojado:
—Un castigo has de tener;
vuelve al cielo y lo robado
vas ahora a devolver.

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el buen Jesús.

Y así dice: —En mis campiñas
esa rosa le ofrecí:
son mis flores (de las niñas
que al soñar piensan en mí.

Viste el rey pompas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella
pues ya tiene prendedor
en que luce con estrella
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar,
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

Rubén DARÍO.

El sueño

Bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los malos pensamientos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templó el ardor, moneda general con que todas las cosas se compran, y, finalmente, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, al simple con el discreto!

Una sola cosa tiene de mala el sueño y es que se parece a la muerte.

Sea moderado tu sueño; que el que no madruga con el sol, no goza con el día.

Y advierte que la diligencia es madre de la buena ventura; y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

CERVANTES.

La vida de las abejas

El espíritu de la colmena reglamenta el trabajo de cada una de las obreras. Distribuye de acuerdo con su edad, la tarea de las nodrizas que cuidan las larvas y las ninfas; a las damas de honor que proveen el mantenimiento de la reina y no la pierden de vista; a las ventiladoras que azotando las alas ventilan, refresean o calientan la atmósfera y apresuran la evaporación de la miel demasiado cargada de agua; a los arquitectos, a los albañiles, a las cereras, a las escultoras que forman la cadena y edifican los panales; a las saqueadoras que salen al campo en busca del néctar de las flores que se convertirá en miel, el polen que sirve de alimento a las larvas y a las ninfas, el propóleo que sirve para calafatear y consolidar los edificios de la ciudad, el agua y la sal necesarios para la juventud de la nación. Impone su tarea a las químicas que garantizan la conservación de la miel instilando en ella, por medio de su dardo, una gota de ácido fórmico; a las tapadoras que sellan los alvéolos cuyo tesoro está maduro; a las barrederas que mantienen la meticulosa limpieza de las calles y de las plazas públicas; a las necróforas que llevan lejos de sí a los cadáveres; a las amazonas del cuerpo de guardia que velan día y noche por la seguridad de la entrada, interrogan a cuantos van y vienen,

examinan a los adolescentes a su primera salida, espantan a los vagabundos, los sospechosos y los rateros, expulsan a los intrusos, atacan en masa a los enemigos terribles y, si es necesario barrean la puerta.

El espíritu de la colmena, en fin, es el que fija la hora del gran sacrificio anual al genio de la especie, en que un pueblo entero, llegado a la cúspide de la prosperidad y de su poderío, abandona de pronto a la generación futura todas sus riquezas, sus palacios, sus moradas, y el fruto de sus fatigas, para marcharse a buscar a lo lejos, la incertidumbre y la desnudez de una nueva patria. He ahí un acto que, consciente o no, va más allá de la moral humana.

M. MAETERLINK.



La vida de las abejas

II

Largo tiempo se ha creído que al abandonar los tesoros de su reino para lanzarse de ese modo a la vida insegura, las cuerdas moscas de miel, tan económicas, tan sobrias, tan previsoras por lo regular, obedecían a una especie de locura fatal, a un impulso maquinal, a una ley de la especie, a un decreto de la naturaleza, a esa fuerza que, para todos los seres, está oculta en el tiempo que se desliza.

Trátase de la abeja o de nosotros mismos, llamamos fatal a todo cuanto no comprendemos todavía. Pero hoy, la colmena ha entregado ya dos o tres de sus secretos materiales, y está comprobado que este éxodo no es ni instintivo ni inevitable. No es una emigración ciega, sino un sacrificio que parece razonado de la generación presente a la generación futura. Basta que el apicultor destruya en sus celdillas a las jóvenes reinas, inertes todavía, y que al mismo tiempo, si las larvas y las ninfas son numerosas, agrande los depósitos y los dormitorios de la nación; al punto todo el tumulto improductivo cae como las gotas de oro de una lluvia obediente, el trabajo habitual se disemina por las flores, y la vieja reina, indispensable otra vez, sin esperar y temer sucesores, tranquilizada respecto del porvenir, renuncia este año a volver a ver la luz del sol.

Reanuda pacíficamente en las tinieblas su tarea mística que consiste en poner siguiendo una espiral metódica, de celdilla en celdilla, sin omitir una sola, sin detenerse jamás, dos o tres mil huevecillos por día.

¿Qué hay de fatal en todo esto, si no es el amor de la raza de hoy a la raza de mañana?

M. MAETERLINK.



La vida de las abejas

III

De ciudad en ciudad ni se conocen ni se ayudan jamás. Hasta ocurre que el apicultor instala la colmena en que ha recogido a la vieja reina y al racimo de abejas que la rodean, precisamente al lado de la colmena que acaban de abandonar. Sea cual sea el desastre que las hiera, diríase que han olvidado irrevocablemente la paz, la felicidad laboriosa, las enormes riquezas de su antiguo palacio, y todas, una por una, hasta la última, morirían de frío en torno de su desdichada soberana, antes que volver a la casa natal, cuyo buen olor de abundancia, que no es más que el perfume de su trabajo pasado, penetra hasta su desolación.

He ahí algo, se dirá, que no harían los hombres, uno de los hechos demostrativos de que, a pesar de su maravillosa organización, no hay en ella ni inteligencia ni conciencia verdadera. ¿Qué sabemos? Fuera de que es muy admirable que haya en otros seres una inteligencia de otra naturaleza que la nuestra, y que produzca efectos muy diferentes sin ser por eso muy inferiores, ¿somos acaso y sin salir de nuestra pequeña parroquia humana, tan buenos jueces de las cosas del espíritu? Basta que veamos dos o tres personas que hablen y se agiten detrás de una ventana sin oír lo que dicen, para que ya no nos sea muy difícil adivinar el

pensamiento que las mueve. ¿Creéis que un habitante de Marte o de Venus que, desde lo alto de una montaña, viera ir y venir por las calles y las plazas públicas de nuestras ciudades, los pequeños puntos negros que somos en el espacio, se formaría ante el espectáculo de nuestros movimientos, de nuestros edificios, de nuestros canales, de nuestras máquinas, una idea exacta de nuestra inteligencia, de nuestra moral, de nuestra manera de amar, de pensar, de esperar, en una palabra, de nuestro ser íntimo y real? Se limitaría a determinar algunos hechos bastante sorprendentes, como lo hacemos en la colmena, y sacaría de ellos probablemente, consecuencias tan inciertas, tan erróneas como las nuestras. En todo caso, mucho le costaría descubrir en nuestros pequeños puntos negros, la gran dirección moral, el admirable sentimiento unánime que brilla en la colmena.

¿A dónde van? — se preguntaría después de habernos observado durante años y siglos, — ¿qué hacen? ¿Obedecen a algún dios? No veo nada que conduzca sus pasos. Un día parecen edificar y amontonar pequeñas cosas, y al día siguiente las destruyen y despa-rraman. Van y vienen, se reúnen y se dispersan, pero no se sabe lo que desean. Ofrecen una multitud de espectáculos inexplicables. Algunos hay, por ejemplo, que no hacen movimiento alguno. Se les reconoce por su pelaje más lustroso; a menudo son también más voluminosos que los demás. Ocupan mansiones diez o veinte veces más vastas, más ingeniosamente ordenadas, más ricas que las moradas comunes. Hacen en ellas comidas que se prolongan horas enteras, y a veces hasta tarde de la noche. Todos cuantos se les acercan parecen honrarlos, y los portadores de víveres sa-

len de las casas vecinas y llegan desde el fondo de la campaña para ofrecerles regalos. Debe creerse que son indispensable y que prestan a la especie servicios esenciales, aunque nuestro medios de investigación no nos hayan permitido todavía conocer con exactitud la naturaleza de estos servicios.

Al contrario se ven otros que, en grandes cajas atestadas de ruedas que giran como un torbellino, en cuartujos oscuros, en torno de los puertos, y sobre pequeños cuadrados de tierra que excavan del alba a la puesta del sol, no cesan de agotarse penosamente. Todo nos hace suponer que esa agitación es digna del castigo. Y, en efecto, se les aloja en estrechas viviendas, sucias y ruinosas.

Están cubiertos de una sustancia incolora. Su entusiasmo por su obra, perjudicial o por lo menos inútil, parece tal, que apenas descansan el tiempo de comer y de dormir. Su número es, en relación a los primeros, como de mil a uno.

Es sorprendente que la especie haya podido sostenerse hasta nuestros días en condiciones tan desfavorables para su desarrollo.

Por otra parte, es conveniente agregar que, fuera de la obstinación característica de sus penosas agitaciones, tienen un aspecto inofensivo y dócil, y que se contentan con las sobras de los que son evidentemente los guardianes y quizá los salvadores de la raza.

M. MAETERLINK.

Venganza

Hay quien arroja piedras a mi techo y después
hurta hipócritamente las manos presurosas
que me dañaron...

Yo no tengo piedras, pues
sólo hay en mi huerto rosales de olorosas
rosas frescas, y tal mi idiosincrasia es,
que aun escondo la mano tras de tirar las rosas.

Amado NERVO.



El vergel

Como hemos venido a la capital he querido que Platero vea el vergel...

Llegamos despacito, verja abajo, en la grata sombra de las acacias y de los plátanos, que están cargados todavía. El paso de Platero resuena en las grandes losas que abrillanta el riego, azules de cielo a trechos y a trechos blancas de flor caída que, con el agua, exhala un vago aroma dulce y fino.

¡Qué frescura y qué olor salen del jardín, que empapa también el agua, por la sucesión de claros de yedra goteante de la verja! Dentro, juegan los niños. Y entre su oleada blanca, pasa, chillón y tintineador, el cochecillo del paseo, con sus banderitas moradas y su toldillo verde; el barco del avellanero, todo engalanado de granate y oro, con las jarcias ensartadas de cacahuetes y su chimenea humeante; la niña de los globos, con su gigantesco racimo volador, azul, verde y rojo; el barquillero, rendido bajo su lata roja... En el cielo, por la masa de verdor tocado ya del mal de otoño, donde el ciprés y la palmera perduran, mejor vistos, la luna amarillenta se va encendiendo, entre nubes rosas...

Ya en la puerta, y cuando voy a entrar en el vergel, me dice el hombre azul que lo guarda con su caña amarilla y su gran reloj de plata

—El burro no puede entrar, señor.

—¿El burro? ¿Qué burro? — le digo yo, mirando más allá de Platero, olvidado, naturalmente, de su forma animal.

—¡Qué burro ha de ser, señor, qué burro ha de ser!

Entonces, ya en la realidad, como Platero “no puede entrar” por ser burro, yo, por ser hombre, no quiero entrar, y me voy de nuevo con él, verja arriba, acariiciándole y hablándole de otra cosa...

J. R. JIMENEZ.



Sobre la libertad de escribir

¡Qué de monstruosos errores no han adoptado las naciones como axiomas inflexibles, cuando se han dejado arrastrar del torrente de una preocupación sin examen, de una costumbre siempre ciega, partidaria de las más erróneas máximas, si ha tenido por garante la sanción de los tiempos y el abrigo de la opinión común! En todo tiempo ha sido el hombre el juguete y el ludibrio de los que han tenido interés en burlarse de su sencilla simplicidad.

Horroroso cuadro que ha hecho dudar a los filósofos, si había nacido sólo para ser la presa del error y la mentira, o si por una inversión de sus preciosas facultades se hallaba inevitablemente sujeto a la degradación en que el embrutecimiento entra a ocupar el lugar del raciocinio.

¡Levante el dedo el pueblo que no tenga que llorar hasta ahora un cúmulo de adoptados errores y preocupaciones ciegas que viven con el resto de sus individuos; y que exentas de la decrepitud de aquéllos, no se satisfacen en acompañar al hombre hasta el sepulcro, sino que retroceden también hasta las generaciones nacientes para causar en ellas igual número de males!

En vista de esto, pues, ¿no sería la obra más aceptable de la humanidad, porque la pondría a cubierto de la opresora esclavitud de sus preocupaciones, el dar ensanche y libertad a los escritores públicos para que

las atacasen a viva fuerza y sin compasión alguna? Así debería ser, sin duda alguna; pero la triste experiencia de los crueles padecimientos que han sufrido cuantos han intentado combatirlo, nos arguye la casi imposibilidad de ejecutarlo.

Scrates, Pitágoras, Platón, Virgilio, Galileo, Descartes, y otra porción de sabios que intentaron hacer de algún modo la felicidad de sus compatriotas, iniciándolos en las luces y en los conocimientos útiles y descubriendo los errores, fueron víctimas del furor con que se persigue la verdad.

¿Será posible que se haya de desterrar del universo un bien que haría sus mayores delicias si se alentase y se supiese proteger? ¿Por qué no le ha de ser permitido al hombre combatir las preocupaciones populares que tanto influyen, no sólo en la tranquilidad, sino también en la felicidad de su existencia miserable? ¿Por qué se le ha de poner una mordaza al héroe que intenta combatirlas, y se ha de poner un entredicho formidable al pensamiento, encadenándole de un modo que se equivoque con la desdichada suerte que arrastra el esclavo entre sus cadenas opresoras?

Seamos una vez, menos partidarios de nuestras envejecidas opiniones, tengamos menos amor propio; dése acceso a la verdad y a la introducción de las luces y de la ilustración; no se reprima la inocente libertad de pensar en asuntos de interés universal; no creamos que con ella se atacará al honor y la virtud, porque hablando por sí mismos en su favor, y teniendo siempre por árbitro imparcial al pueblo, se reducirán a polvo los escritos de los que impunemente osaren atacarlos. La verdad, como la virtud, tienen en sí mismas su más incontestable apología; a fuerza de discutirlos y venti-

larías aparecén en todo su esplendor y brillo: si se ponen restricciones al discurso, vegetará el espíritu como la materia; y el error, la mentira, la preocupación, el fanatismo, el embrutecimiento harán la divisa de los pueblos, y causarán para siempre su ruina y miseria.

M. MORENO.

Ciudad moderna

Palermo!

Jardines fabulosos, de pájaros cantores
tan raros que parece que fueron antes flores;
grutas en que se arquean iris hechos pedazos;
ramas que se dislocan como si fuesen brazos;
jaulas en que las fieras hacen chasquear su cola;
peñas en que el gran buitre luce su blanca gola;
tal Palermo. En donde era la mansión del tirano,
la gentil Buenos Aires con prolífica mano
ha vaciado sus arcas de esplendentes derroches,
cual si fuese en un cuento de las "Mil y una noches".

¡Y el puerto! Diques; muelles; sonantes cremalleras;
estrepitosas grúas; naves de cien banderas;
mastiles de cien ionas; humos de cien hornazas;
canticos de cien lenguas; músculos de cien razas.

¡Todo en una armoniosa música de trabajo!
Ya es un grito de alerta, ya es un golpe de tajo,
ya es un salto de olas, ya es un choque de gentes,
ya es un largo engranaje que rechina los dientes...

Es ahí donde, en grupo, las enérgicas manos
que entrecruzan espadas en las guerras humanas,

se confunden y anudan, como unión de progreso,
para alzar en los aires todas juntas un peso...

Es ahí donde el trigo lanza a Europa el tesoro
que recoge en la Pampa las pepitas de su oro,
para dar pan al hambre de la anciana, que luego
manda ríos de gentes cual prolífico riego.

Es ahí donde, en cita misteriosa, esas gentes
llegan, llegan y llegan: el sudor de sus frentes,
el vigor de sus brazos, la altivez de sus pechos,
son los signos mejores de sus propios derechos.

J. Santos CHOCANO.



El patio de los leones

(De la Alhambra de Granada).

Nos hallábamos en el patio de los Leones.

Un bosque de columnas, un laberinto de arcos y bordaduras, una elegancia indefinible, una delicadeza que no puede imaginarse, una riqueza prodigiosa, un no sé qué aéreo, transparente, ondulante, como un grandioso pabellón de encajes; la apariencia de un edificio que un soplo puede arruinar, una variedad de luces, de perspectivas, de obscuridades misteriosas; una confusión, un desorden caprichoso de nimiedades; una majestad de palacio real, una alegría de kiosko, una gracia amorosa, una extravagancia, una delicia, una fantasía de joven apasionada, un sueño de ángel, una locura, una cosa sin nombre; tal es el efecto que produce el patio de los Leones.

Es un patio más grande que una sala de baile, de forma rectangular, con paredes altas como las de una casa andaluza, de un solo piso. En derredor del patio un ligero pórtico, sostenido por delgadas columnas de mármol blanco, agrupados en simétrico desorden, en dos, en tres, casi sin base, que parecen troncos de árboles brotando de la tierra, y guarnecidos de capiteles variados, altos, delgados, en forma de pequeños pilares, sobre los cuales se doblagan o encorvan pequeños

arcos de las más preciosas formas. Estos arcos parecen, no apoyados, sino suspendidos por encima de las columnas; diríase que son cortinas colocadas sobre estas columnas, como cintas o guirnaldas flotantes. De en medio de los lados más estrechos avanzan dos grupos de columnas que forman como dos templete cuadrados, de nueve arcos cada uno, rematados en una pequeña cúpula multicolor.

Las paredes de los templete y el muro exterior del pórtico constituyen un verdadero encaje de estuco: se hallan adornados, bordeados, ribeteados, calados de parte a parte, transparentes como una malla y cambiando de dibujo a cada paso; aquí flores embutidas en los arabescos, allá estrellas, más lejos broqueles, tableros, figuras poligonales llenas de adornos de una delicadeza incomparable.

Todo esto termina en dientes, festones, cintas que flotan en torno de los arcos, estalactitas, franjas, almendras de cristal, de diamantes, borlas, que parecen han de ondular al menor soplo del aire.

Extensas inscripciones árabes corren a lo largo de las paredes, sobre los arcos, alrededor de los capiteles, sobre los lados de los templete. En medio del patio se eleva una gran fuente de mármol, sostenida por doce leones y rodeada de un canal empedrado al que afluyen otros cuatro canales pequeños, los cuales describiendo una cruz entre los costados del patio, atraviesan el pórtico, penetran en las salas vecinas y se reúnen a otros conductos de agua que surean todo el edificio.

Detrás de los templete y en medio de los otros dos lados se abren dos crujías de salas con grandes puertas abiertas, que dejan ver un fondo sombrío sobre el cual se destacan las blancas columnas cual si resalta-

ran sobre la boca de una gruta. A cada paso que se da por el patio, este bosque de columnas parece moverse y cambiarse para formar nuevas combinaciones; detrás de una columna que parece levantarse sola, se ven aparecer dos, tres, toda una hilera, otras desaparecen otras se acercan, otras se separan. Al mirar hacia el fondo de una de esas salas, se ve todo cambiado; los arcos de la parte opuesta parecen hallarse en lontananza, las columnas parecen salirse de su sitio, los templete toman otra forma. Se mira a través de las paredes, se descubren nuevos arcos y nuevas columnas, aquí a plena luz, más allá en la sombra, más lejos apenas iluminados por la escasa claridad que se cuela por los agujeros de las esculturas, y más lejos todavía perdidos en la obscuridad. Es una mudanza continua de perspectivas, de horizontes, de errores, de misterios, de juegos de luz que producen el sol y la arquitectura y la imaginación sobreexcitada y ardiente.

¡Lo que debería ser el patio cuando las paredes interiores del pórtico estaban relucientes de mosaicos, los capiteles llenos de refulgentes cintas de oro, los techos y las bóvedas pintadas de mil colores, las puertas guarnecidas de tapicerías de seda, los nichos llenos de flores; cuando por los templos y las salas corrían las aguas olorosas; cuando de las fauces de los leones salían doce chorros de agua que caían en la fuente, y cuando el aire estaba impregnado de los más deliciosos perfumes de la Arabia!

E. D'AMICIS.

Visión optimista

Mi vecino, al pasar esta mañana,
me dió los buenos días y dejó en mi ventana
tres rosas de su huerto, fragantes, deliciosas,
húmedas de rocío! Desde un cristal, las rosas,
cual tres imaginarias, ideales
cabezas fraternales,
sobre mi mesa asisten a mi trabajo. Siento
el solidario apoyo de su aliento
común en que la idea se perfuma
de bondad y al surgir besa la pluma.

¡Oh, clara, fresca y suave compañía
que me hizo bueno en todos los actos de este día!
pues fué mi corazón como una fuente,
pródigo, musical y transparente;
fluyó de mis palabras recóndita dulzura;
ni la violencia, ni la crispatura
mancharon el espíritu o la mano
lentos del oro del cariño humano,
y ¡oh noche!, en esta hora bella y santa
del ensueño, mi amor se aviva y canta,

Vecino: si los hombres supieran obsequiarse
con rosas de su huerto al saludarse,
si al pasar como usted esta mañana
nos dejáramos todos la flor en la ventana!

¡Cordialidad sencilla, propósito clemente,
comunidad viril en la belleza!
¡Armonía del músculo, la frente y la delicadeza!

R. A. *ARRIETA*.



Gorriones

La mañana de Santiago está nublada de blanco y gris, como guardada en algodón. Todos se han ido a misa. Nos hemos quedado en el jardín los gorriones, Platero y yo.

¡Los gorriones! Bajo las redondas nubes, que, a veces, llueven unas gotas finas, ¡cómo entran y salen en la enredadera, cómo chillan, cómo se cogen de los picos! Este cae sobre una rama, se va y la deja temblando; el otro se bebe un poquito de cielo en un charquillo del brocal del pozo: aquél ha saltado al tejadillo del alpende, lleno de flores casi secas, que el día pardo aviva.

¡Benditos pájaros, sin fiesta fija! Con la libre monotonía de lo nativo, de lo verdadero, naida, a no ser una dicha vaga, les dicen a ellos las campanas. Contentos, sin fatales obligaciones, sin esos olimpos ni esos avernos que extasían o que amedrentan a los pobres hombres esclavos, sin más moral que la suya, ni más dios que lo azul, son mis hermanos, mis dulces hermanos.

Viajan sin dinero y sin maleta; mudan de casa cuando se les antoja; presumen un arroyo, presienten una fronda, y sólo tienen que abrir sus alas para conseguir la felicidad; no saben de lunes ni de sábados; se bañan en todas partes, a cada momento; aman el amor sin nombre, la amada universal.

Y cuando las gentes, ¡las pobres gentes!, se van a misa los domingos, cerrando las puertas, ellos, en un alegre ejemplo de amor sin rito, se vienen de pronto, con su algarabía fresca y jovial, al jardín de las casas cerradas, en las que algún poeta, que ya conocen bien, y algún burrillo tierno los contemplan fraternales.

J. R. JIMENEZ.



Al irse del campo el sol...

Al irse del campo, el sol
pone en los árboles verdes
un oro en lágrimas, trémulo
como un llanto de mujeres...

El campo tiene, a la tarde,
claros verdores dolientes,
dulces verdores, tan pálidos
que parece que se mueren.

Son verdores que se ponen
todo lo tristes que pueden,
porque el valle sepa cómo
los árboles se enternecen.

Y hasta los pájaros van
a las copas a esconderse,
que no están bien tantas alas
cuando las ramas se duelen...

Todo por el corazón
que en una colina alegre,
mira la puesta de sol
sobre los árboles verdes.

J. R. JIMENEZ,

La golondrina

I

Sin andarse con ceremonias, la golondrina se ha apoderado de nuestras viviendas; se aloja debajo de nuestras ventanas, de nuestros tejados y de nuestras chimeneas. No tiene ningún miedo de nosotros. Cualquiera diría que se fía de sus incomparables alas; pero esto no es así, lo prueba el que pone su nido al alcance de nuestras manos. He ahí por qué se ha convertido en ama de casa, más, de la casa y de los corazones.

El hogar les pertenece; donde ha anidado la madre, anidan la hija y la nieta. A él vuelven todos los años, y en él se suceden sus generaciones con más regularidad que las nuestras. Extinguida o dispersada la familia propietaria de la casa, o pasada ésta a otras manos, la golondrina sigue acudiendo a ella, en la que conserva su derecho de posesión.

Así es cómo esta viajera se ha convertido en símbolo del hogar. En efecto está tan apegada a él, que aun cuando en la casa se llevan a cabo reparaciones considerables y se la derribe en parte y por largo tiempo trabajen en ella los albañiles, vuelven, por lo común, a tomar posesión de la misma esos pájaros fieles, de perseverante memoria.

Es el pájaro del regreso; y si tal lo apellido, no es solamente por la regularidad del regreso anual, sino por el movimiento y por la dirección de su vuelo, pues, a pesar de ser éste tan variado, hace y deshace siempre el mismo camino.

La golondrina gira y vira constantemente, se cierne incansable alrededor del mismo sitio y encima del mismo espacio, describiendo un sin fin de curvas graciosas y variadas, pero sin alejarse. ¿Vuela de esta suerte para seguir su presa, el mosquito que danza y flota en el aire, o bien para ejercitar su poder, su ala infatigable, sin alejarse del nido? Sea lo que fuere, ese vuelo circular, ese movimiento eterno de regreso, nos ha cautivado siempre la mirada y el corazón y sumergídonos en la meditación más profunda.

Distinguimos perfectamente su vuelo, pero nunca o casi nunca su negra cabecita. ¿Quién eres tú, pues, que te escondes siempre y no me dejas que vea sino tus cortadoras alas, guadañas veloces como las del tiempo? Este huye sin cesar, tú vuelves siempre.

Te acercas tanto a mí, que pasas rozándome... ¿quisieras tocarme?... Me acaricias tan de cerca, que siento el aire de tus alas en mi rostro y casi el contacto de tus plumas... ¿Eres un pájaro o un alma?

J. MICHELET.

La golondrina

II

La golondrina, mirada de cerca, es un pájaro feo y extraño, hay que confesarlo; pero esto se debe precisamente a que es el pájaro por excelencia, el ser nacido para el vuelo. La naturaleza lo ha sacrificado todo a este fin, burlándose de la forma y no pensando más que en el movimiento, ha conseguido tan completo triunfo, que este pájaro, feo cuando parado, es el más hermoso de todos al vo.ar. Tiene las alas en forma de guadana, saltones los ojos y carece de cuello y casi también de pies: todo es alas. Añádase a ésto el anchísimo pico de que está provisto, siempre abierto para zampar y que durante el vuelo continúa abriéndose y cerrándose, y no causará admiración el saber que come, bebe y se bana volando, y volando alimenta a sus hijuelos.

Si la golondrina no iguala en línea recta el rapidísimo vuelo del halcón, en cambio es mucho más libre, pues sin fatigarse nunca, gira, describe círculos, un dédalo de figuras caprichosas, un laberinto de curvas variadas, que cruza y vuelve a cruzar hasta lo infinito, que deslumbran, pierden y marean al enemigo, que fatigado y extenuado renuncia a la persecución. Es la verdadera reina del aire, del espacio, cuyo dominio le da la incomparable

agilidad de sus movimientos. ¿Qué otro ser puede como ella variar a cada instante el arranque y girar repentinamente? Ninguno. La caza infinitamente variada y caprichosa de una presa siempre tiritante, como son las moscas, el mosquito, el escarabajo, y mil insectos que flotan en el aire y no van nunca en línea recta, es sin duda la mejor escuela del vuelo y lo que da a la golondrina la superioridad sobre los demás pájaros.

La naturaleza para llegar a este resultado, para producir esta ala única, ha tomado una determinación extrema, la de suprimir las patas.

La golondrina de iglesia, conocida con el nombre de vencejo, las tiene atrofiadas, pero cuanto pierde en este concepto lo gana en el poder de sus alas, que alcanza según se cree a recorrer ochenta leguas por hora. La fragata tiene las patas muy cortas; el vencejo nada más que un trozo, y si se posa lo hace sobre el vientre y aún por poco tiempo. Este al revés de los demás seres, no necesita descanso sino en el movimiento. Al precipitarse de lo alto de los campanarios, se abandona al aire el cual lo abraza amorosamente, lo sostiene y alivia en su fatiga. Si quiere agarrarse lo hace con sus débiles uñas; pero si se posa está enfermo, como parático, siente todas las asperezas, vese sujeto a la dura fatigación de la gravitación, y, siendo como es el primero de los pájaros, parece convertirse en reptil. Remontar el vuelo desde un sitio bajo es dificultísimo para el vencejo; por eso anida a tanta altura, porque cuando parte debe dejarse caer en su elemento natural. Una vez en el aire, el que hasta entonces no era más que esclavo y dependía de todo y estaba a dis-

creción de cualquiera que hubiera querido echarle mano, es libre, es señor.

El gran pueblo de las golondrinas, que con sus sesenta especies llena la tierra, la alegra y la embelesa con su gracia, con su vuelo y con sus gritos, debe todas sus amables cualidades a su deformidad, a su casi carencia de patas.

La golondrina es por su gracia y por poseer por completo el arte del vuelo, el primero de los seres alados, como también el más sedentario y el más apegado al nido.

Como en esta tribu privilegiada las patas no suplen el ala, la educación de los jóvenes converge únicamente hacia esta última y hacia el largo aprendizaje del vuelo, los pequeñuelos deben permanecer largo tiempo en el nido y requieren los asiduos cuidados de la previsión y ternura maternales. De esta suerte el más movable de los pájaros queda sujeto por los lazos del corazón.

El nido no es para la golondrina la cámara nupcial de un instante, sino un hogar, una vivienda, el interesante teatro de una educación dificultosa y de los sacrificios mutuos; morada en la que además de una madre tierna, de una esposa fiel, hay jóvenes hermanas que ayudan solícitas a la madre, hermanas que a su vez son madrecitas y nodrizas de hijos más pequeñuelos todavía; morada donde reina la ternura maternal y el cuidado y la enseñanza mutua.

Lo más hermoso es que esta fraternidad se ha extendido: en el peligro todas las golondrinas son hermanas; si una grita, todas acuden; si cogen a una, todas se lamentan y se afanan por librarla.

Concíbese que estos encantadores pájaros extiendan su interés hasta los que no son de su especie y que sean los primeros en advertir la presencia de los de rapiña a las aves de corral, pues gracias a la rapidez de su vuelo son los que menos tienen que temer de los bandidos del aire.

Al oír el chirrido de la golondrina, su señal de alerta, la gallina y la paloma se agazapan y buscan donde esconderse.

El pueblo no se equivoca al creer que la golondrina es el mejor de los seres alados. ¿Y por qué es el mejor? Porque siendo de mucho el más libre, es el más dichoso.

J. MICHELET.



El niño

Dice Tolstói que la edad más perfecta, la de más seguro equilibrio, es la niñez. Afirmación amable, verdad plena de belleza y de dulzura como muy pocas.

El hambre, la desnudez, la orfandad, los malos tratos, no son bastante poderosos para arrancar al niño de su beatitud, de su milagroso equilibrio.

Bajo la racha helada de las calles, desfalleciente de hambre, casi desnudo, lo veréis entregarse de cuerpo entero, a los juegos de su edad, y convertir en juegos de su edad su ambulatoria ocupación de vendedor de diarios y revistas.

Los estribos de los tranvías, las traseras de los coches, las estatuas de los próceres, los postes telefónicos, son para él, para aquel ser todo alas, todo alegrías, lo que los árboles de los bosques para los pájaros: un pentagrama colosal en cuyos espacios y líneas, ellos, los pájaros y los niños, cumplen naturalmente el sacerdocio irrenunciable de la alegría de vivir.

El niño, cualquier niño sometido a cualquier dolor, halla siempre su minuto de felicidad, de carcajada limpia y sonora como el piar de los pájaros, en medio mismo de los sollozos, bajo la densa cortina de sus lágrimas.

El niño es flor, es pureza, es luz, es armonía siempre; como el rosal de Francia que perfuma toda una casa con

uno solo de sus capullos, él pone siempre sus emanaciones de azucena, sus pincelazos de candidez, su chasquido de beso, sobre las cosas y los hechos más innombrables y hace pasar un relámpago de nobleza por el alma sucia de los más sucios.

Ningún dolor, ni físico ni moral, arranca al niño un gesto de renunciación a la felicidad de ser; postrado en su pequeño lecho, en el hospital de caridad o en el palacio de sus padres, sobre plumones de cisne o entre puñados de paja, lo mismo que en la plaza o en el jardín, o en la calle, o en la orilla del mar, encuentra su rinconcito, su taller de fantasías, y en aquel lecho tristísimo, en aquella camita que tal vez será para él la última donde ha de soñar, charla y ríe con sus hermanos, fabrica montañas de tela con su cobertor, hace palomitas de papel con los envases de la botica, juega con los cabellos de su triste madre, un instante después, un solo instante después de su congoja, de su gemido de angustia!

Y si ha de morir, si ha de caer para siempre, si ha de abandonar esta tierra tristísima donde él no hizo otra cosa que reir sobre la cresta de su propio dolor, agoniza silencioso, tan serena, tan suave, tan plácidamente, como cuando se despedía de los suyos con una vaga sonrisa saluatoria para encaminarse a la escuela o al taller, más admirable que Sócrates ante la cicuta, más en silencio que Cristo sobre la cruz.

ALMAFUERTE.

Las Campanas

Turba el nocturno sósiego
súbita alarma y entonces
la gran campana de bronce
toca a fuego!
¡Qué terrífica payura la siniestra nota augura!
Es desesperado ruego
desgarrador y tenaz
del rojo elemento ciego,
cada instante más frenético, cada instante más voraz.
Es indescriptible pánico;
el cataclismo volcánico
con rauda impulso titánico
avanza, la campanada alarido es de terror;
sigue el bronce, sigue el bronce con su clamoroso estruendo
diciendo
cual crece el peligro horrendo,
cual se inflama la llama
y la luna como forma de sangriento tabernáculo
alumbra el rojo espectáculo
en su fantástico horror.
Y el bronce alarmante clama,
clama, clama,
cómo se extiende la injuria
del incendio y crece en furia,
y es ya locura el pavor...
Bajo los cielos escarlata se extiende inflamado manto,

el espanto
en tanto
crece, y sigue la campana de su rebato el clamor,
¡Y en ese rebato armígero,
dan-dan, dan-dan,
crece el estrago flamígero
dan-dan, dan-dan,
al son violento que dan
las campanas de la torre que tocando a fuego están!

Edgardo A. POE.



La flora de las montañas

Con sus nieves y sus hielos derretidos, que sirven para aumentar el caudal de sus torrentes y ríos en verano, conserva la montaña la vegetación hasta enormes distancias de su base, pero se queda con humedad bastante para alimentar a su propia flora de bosques, céspedes y musgos, muy superior por el número de las especies a la flora de igual extensión en la llanura. Desde abajo, no divisa la mirada los pormenores del cuadro que presenta la verdura de la montaña, pero abarca todo el magnífico conjunto y disfruta de los mil contrastes que la altura, las fragosidades del suelo, la inclinación de las pendientes, la abundancia del agua, la vecindad de las nieves y las demás condiciones físicas que produce la vegetación.

En la primavera cuando renace todo, da gusto ver el verdor de hierbas y follajes dominar la blancura de las nieves. Los tallos del prado que pueden respirar otra vez y ver la luz de nuevo, pierden su tono rojizo y su apariencia calcinada y adquieren primero un color amarillento y después un verde hermoso.

Multitud de flores esmaltan la pradera: véanse aquí únicamente ranúnculos, anémonas o primulas que brotan formando ramilletes, más allá desaparece el verde bajo la blancura nívea del gracioso y poético narciso o el vivo color de azafrán, que es flor desde la raíz hasta la corola.

Cerca de las corrientes de agua abre su delicada flor la parnasia y en otras partes, florecillas blancas y azules, rojas o amarillas, se multiplican y forman tales muchedumbres que dan su color a toda la pendiente vegetal, y desde las vertientes opuestas se puede conocer qué especie de planta domina en la pradera a medida que la nieve retrocede hacia las alturas ante la alfombra de florida verdura. Pronto toman parte los árboles en la fiesta. Abajo en las primeras pendientes, los árboles frutales, después de haberse librado de la nieve del invierno, se cubren con la nieve de las flores. Más arriba, castaños, hayas, y diversos arbustos se cubren de hojas de verde claro; de un día a otro, parece que la montaña se ha revestido de un tejido maravilloso de terciopelo y seda. Poco a poco sube hacia las cimas el nuevo verdor de bosques y de malezas, esca a cañadas y barrancos para conquistar las quebraduras superiores junto al ventisquero. En lo alto, todo lo inesperado, es alegre. Hasta las rocas sombrías que parecían negras por su contraste con las nieves, adornan sus fragosidades con matas verdes. También ellas participan de la primaveral alegría. De estas plantas de brillantes flores, algunas no temen la vecindad de la nieve y del agua helada. No sienten el frío; al lado de los cristales de nieve circula libremente la savia en los tejidos de la delicada soldanella, que inclina sobre la nieve su corola, de tan suave y puro matiz; cuando brilla el sol puede decirse de ella, mejor que de la palmera de los oasis que tiene el pie en el hielo y en el fuego la cabeza.

En la salida misma de las nieves, el torrente, cuya agua lechosa parece hielo apenas derretido, rodea con

sus brazos su florido islote, encantador ramillete de tallos que se estremecen sin cesar. Más lejos, el cauce nevado, que la sombra de una roca defendió de los rayos solares, está esmaltado completamente de flores: la benigna temperatura que despiden ha derretido la nieve a su alrededor. Parece que brotan de una copa de cristal de fondo azulado por la sombra.

Otras flores de mayor sensibilidad no se atreven a entrar en inmediato contacto con la nieve, y cuidan de rodearse de muelle funda musgosa. Así hace la clavelina roja de los vértices nevados, y semeja un rubí colocado en almohadón de terciopelo en medio de un lecho de blanco plumón.

En las pendientes de las montañas, los bosques alternan con las manchas de césped, pero nunca al azar. La presencia de los árboles grandes indica siempre, en la vertiente que los produce, tierra vegetal de bastante espesor y abundante agua de riego, de modo que, gracias a la distribución de bosques y praderas, pueden leerse de lejos algunos secretos de la montaña, siempre que el hombre no haya intervenido brutalmente, derribando los árboles y modificando el aspecto del monte.

Regiones enteras hay en que el hombre, ávido de riquezas, ha talado todos los árboles: no ha quedado ni un tronco, porque las nieves, a las cuales no detiene ya la barrera viva, resbalan libremente en la temporada de los aludes. Descarnan el suelo, lo raspan hasta la roca, llevándose consigo todos los residuos de las raíces.

La antigua veneración casi ha desaparecido. En otro tiempo, el leñador apenas se atrevía a acercarse a la selva montañosa: el viento que en ella gemía se le figuraba voz de los dioses. Hoy no andan con tantos mira-

mientos y si algunas selvas conservan su pristina virgindad es por lo difícil que es llegar hasta ellas.

Pero cuando el camino es cómodo, cuando la montaña ofrece buenos respaladeros por donde de un solo impulso se pueden hacer bajar los troncos, cuando al pie de la pendiente el torrente del valle tiene bastante fuerza para arrastrar los árboles en balsas hasta la llanura o para dar movimiento a sierras mecánicas, en grave peligro están los bosques de caer en manos de los leñadores.

Si son explotados con inteligencia, si se regulan cuidadosamente las talas de modo que siempre quede en pie bastante árbol para los años sucesivos y se desarrolla en el suelo forestal la mayor fuerza posible de producción, puede congratularse la humanidad de las nuevas riquezas que se le proporcionan.

Pero cuando se corta y destruye de una vez todo el bosque, como en un acceso de frenesí, dan intenciones de maldecir a quien tal dispuso.

Eliseo RECLUS.

El amigo fiel

I

Una mañana la vieja rata de agua sacó la cabeza por su agujero. Tenía unos ojos redondos muy vivarachos y unos tupidos bigotes grises. Su cola parecía un largo elástico negro. Unos patitos nadaban en el estanque semejantes a una bandada de canarios amarillos y su madre, toda blanca con patas rojas, esforzábase en enseñarles a hundir la cabeza en el agua.

—No podréis ir nunca a la buena sociedad si no aprendéis a meter la cabeza — les decía.

Y les enseñaba de nuevo cómo tenían que hacerlo. Pero los patitos no prestaban ninguna atención a sus lecciones. Eran tan jóvenes que no sabían las ventajas que reporta la vida de “sociedad”.

—¡Qué criaturas más desobedientes! — exclamó la rata de agua. — ¡Merecían ahogarse, verdaderamente!

—¡No lo quiera Dios! — replicó la pata.

—Todo tiene sus comienzos y nunca es demasiada la ciencia de los padres.

—¡Ah! No tengo la menor idea de los sentimientos paternos — dijo la rata de agua.

—No soy padre de familia. Jamás me he casado, ni he pensado nunca en hacerlo. Indudablemente el amor es una buena cosa a su manera, pero la amistad vale más. Le aseguro que no conozco en el mundo nada más noble o más raro que una fiel amistad.

—Y dígame, se lo ruego, ¿qué idea se forma usted de los deberes de un amigo fiel? — preguntó un pardillo verde que había escuchado la conversación posado sobre un sauce retorcido.

—Sí, eso es precisamente lo que quisiera yo saber, — dijo la pata; y nadando hacia el extremo del estanque, hundió su cabeza en el agua para dar buen ejemplo a sus hijos.

—¡Necia pregunta! — gritó la rata. — ¡Como es natural, entiendo por amigo fiel al que me demuestra fidelidad!

—¿Y qué hará usted en cambio? — dijo la avecilla, columpiándose sobre una ramita plateada y moviendo sus alitas.

—No le comprendo a usted — respondió la rata de agua.

—Permítame que le cuente una historia sobre el asunto, — dijo el pardillo.

—¿Se refiere a mí esa historia? — preguntó la rata de agua. — Si es así, la escucharé gustosa, porque a mí me vuelven loca los cuentos.

—Puede aplicarse a usted — respondió el pardillo.

Y abriendo las alas se posó en la orilla del estanque y contó la historia del Amigo Fiel.

—Había una vez — empezó el pardillo, — un honrado mozo llamado Hans.

—¿Era verdaderamente distinguido? — preguntó la rata de agua.

—No, — respondió el pardillo. — No creo que fuese nada distinguido, excepto por su buen corazón y por su redonda cara morena y afable.

Vivía en una pobre casita del campo y todos los días trabajaba en su jardín. En toda la comarca no había jardín tan hermoso como el suyo. Crecían en él claveles, alelíos, saxifragas, así como rosas de Damasco y rosas amarillas, azafranes, lilas y oro, alelíos rojos y blancos. Y según los meses y por su orden florecían agavanzos y cardaminas, mejoranas y albahacas silvestres, velloritas e iris de Alemania, asfodelos y claveros.

Una flor substituía a otra. Por lo cual había siempre cosas bonitas a la vista y olores agradables que respirar.

El pequeño Hans tenía muchos amigos, pero el más allegado a él, era el gran Hugo el molinero. Realmente el rico molinero era tan allegado al pequeño Hans que no visitaba nunca su jardín sin inclinarse sobre los macizos y coger un gran ramo de flores o un buen puñado de lechugas suculentas o sin llenarse los bolsillos de ciruelas y de cerezas, según la estación.

—Los amigos verdaderos lo comparten todo entre sí — acostumbraba a decir el molinero.

Y el pequeño Hans asentía con la cabeza, sonriente, sintiéndose orgulloso de tener un amigo que pensaba tan noblemente.

Algunas veces, sin embargo, el vecindario encontraba raro que el rico molinero no diese nunca nada en cambio al pequeño Hans, aunque tuviera cien sacos de harina almacenados en su molino, seis vacas lecheras y una gran cantidad de ganado lanar; pero Hans no se preocupó jamás de semejante cosa. Nada le encantaba más que oír las bellas cosas que el molinero le decía sobre la solidaridad de los verdaderos amigos.

Así, pues, el pequeño Hans cultivaba su jardín. En primavera, en verano y en otoño sentíase muy feliz; pero cuando llegaba el invierno y no tenía ni frutos ni flores que llevar al mercado padecía mucho frío y mucha hambre, acostándose con frecuencia sin haber comido más que unas peras secas y algunas nueces rancias. Además en invierno encontrábase muy solo porque el molinero no iba nunca a verle durante aquella estación.

—No está bien que vaya a ver al pequeño Hans mientras duren las nieves; — decía muchas veces el molinero a su mujer. Cuando las personas pasan apuros hay que dejarlas solas y no atormentarlas con visitas. Esa es por lo menos mi opinión sobre la amistad y creo que es acertada. Por eso esperaré la primavera y entonces iré a verle; podrá darme un gran cesto de velloritas y eso le alegrará.

—Eres realmente solícito con los demás — le respondía su mujer sentada en un cómodo sillón junto a un buen fuego de leña. — Resulta un verdadero placer oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que el cura no diría sobre ella tan bellas cosas como tú, aunque viva en una casa de tres pisos y lleve un anillo de oro en el meñique.

—¿Y no podríamos invitar al pequeño Hans a venir aquí? — preguntaba el hijo del molinero. — Si el pobre Hans pasa apuros le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

—¡Qué bobo eres! — exclamó el molinero. — Verdaderamente no sé para qué sirve mandarte a la escuela. Parece que no aprendes nada. Si el pequeño Hans viniera aquí ¡pardiez! y viese nuestro buen fuego, nues-

tra excelente cena y nuestra gran barrica de vino tinto, podría sentir envidia. Y la envidia es una cosa terrible que estropea los mejores caracteres. Realmente no podría yo sufrir que el carácter del pequeño Hans se estropeará. Soy su mejor amigo, velaré siempre por él y tendré buen cuidado de no exponerlo a ninguna tentación. Además, si Hans viniese aquí podría pedirme que le diese un poco de harina fiada, lo cual no puedo hacer. La harina es una cosa y la amistad es otra, y no deben confundirse. ¡A fe mía! Esas dos palabras se escriben de un modo diferente y significan cosas muy distintas, como todo el mundo sabe.

— ¡Qué bien hablas! — dijo la mujer del molinero sirviéndole un gran vaso de cerveza. — Me siento verdaderamente como adormecida lo mismo que en la iglesia.

— Muchos obran bien — replicó el molinero —, pero pocos saben hablar bien, lo que prueba que hablar bien es con mucho la cosa más difícil así como la más hermosa de las dos.

Y miró severamente por encima de la mesa a su hijo, que sintió tal vergüenza de sí mismo que bajó la cabeza, se puso casi escarlata y empezó a llorar encima de su té.

¡Era tan joven que bien pueden ustedes dispensarlo!

— ¡Es ese el final de la historia? — preguntó la rata de agua.

— Nada de eso, contestó el pardillo.

— Ese es el comienzo.

— Entonces está usted muy atrasado con relación a su tiempo — repuso la rata de agua. — Hoy día todo buen cuentista, empieza por el final, prosigue por el

comienzo y termina por la mitad. Es el nuevo método. Lo he oído así de labios de un crítico que se paseaba alrededor del estanque con un joven. Trataba el asunto magistralmente y estoy segura de que tenía razón, porque llevaba unas gafas azules y era calvo; y cuando el joven le hacía alguna observación contestaba siempre “¡Pse!”. Pero continúe usted su historia, se lo ruego.

Me agrada mucho el molinero. Yo mismo encierro toda clase de buenos sentimientos; por eso hay una gran simpatía entre nosotros.

Oscar WILDE.



El amigo fiel

II

—¡Bien! — dijo el pardillo brincando sobre sus dos patitas. — No bien pasó el invierno y en cuanto las velloritas empezaron a abrir sus estrellas amarillas pálidas el molinero dijo a su mujer que iba a salir y a visitar al pequeño Hans. ¡Ah, qué buen corazón tienes! —le gritó su mujer. — Piensa siempre en los demás. No te olvides de llevar el cesto grande para traer las flores.

Entonces el molinero ató unas con otras las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro y bajó la colina con la cesta al brazo.

—Buenos días, pequeño Hans, — dijo el molinero.

—Buenos días, — contestó Hans apoyándose en su azadón y sonriendo con toda su boca.

—¿Cómo has pasado el invierno? — repuso el molinero.

—¡Bien, bien! — repuso Hans. — Muchas gracias por tu interés. He pasado mis malos ratos, pero ahora ha vuelto la primavera y me siento casi feliz... Además mis flores van muy bien.

—Hemos hablado de tí con mucha frecuencia este invierno, Hans, — prosiguió el molinero, — preguntándome qué sería de tí.

— ¡Qué amable eres! — dijo Hans — temí que me hubieras olvidado.

— Hans; me sorprende oírte hablar de ese modo, — dijo el molinero. — La amistad no se olvida nunca. Eso es lo que tiene de admirable aunque me temo que no comprendas la poesía de la vida... Y entre paréntesis, ¡qué bellas están tus velloritas!

— Sí, verdaderamente están muy bellas, — dijo Hans, — y es para mí una gran suerte tener tantas. Voy a llevarlas al mercado donde las venderé a la hija del burgomaestre y con ese dinero compraré otra vez mi carretilla.

— ¿Qué comprarás otra vez tu carretilla? ¿Quieres decir entonces que la has vendido? Es un acto bien necio.

— Con toda seguridad, pero el hecho es — replicó Hans — que me ví obligado a ello.

Como sabes, el invierno es una estación mala para mí y realmente no tenía ningún dinero para comprar pan. Así es que vendí primero los botones de plata de mi traje de los domingos; luego vendí mi cadena y después mi gran flauta. Por último vendí mi carretilla. Pero ahora voy a rescatarlo todo.

— Hans, — dijo el molinero, — te daré mi carretilla. No está en muy buen uso. Uno de los lados se ha roto y están algo torcidos los radios de la rueda, pero a pesar de esto te la daré. Sé que es muy generoso de mi parte y a mucha gente le parecerá una locura que me desprenda de ella, pero yo no soy como el resto del mundo. Creo que la generosidad es la esencia de la amistad y además me he comprado una carretilla nueva. Sí, puedes estar tranquilo... Te daré mi carretilla.

—Gracias, eres muy generoso — dijo el pequeño Hans. — Y su afable cara redonda resplandeció de placer. — Puedo arreglarla fácilmente porque tengo una tabla en mi casa.

—¡Una tabla! — exclamó el molinero. — ¡Perfectamente! Eso es precisamente lo que necesito para la techumbre de mi granero. Hay una gran brecha; mojará todo el trigo si no la tapo. ¡Qué oportuno has estado! Realmente es de notar que la buena acción engendra otra siempre. Te he dado mi carretilla y ahora vas tú a darme tu tabla. Claro es que la carretilla vale más que la tabla, pero la amistad sincera no repara nunca en esas cosas. Dame en seguida la tabla y hoy mismo me pondré a la obra para arreglar mi granero.

—¡Ya lo creo! — replicó el pequeño Hans.

Fué corriendo a su vivienda y sacó la tabla.

—No es una tabla muy grande—dijo el molinero examinándola, — y me temo que una vez hecho el arreglo de la techumbre del granero no quedará suficiente para el arreglo de la carretilla, pero claro es que no tengo la culpa de eso... Y ahora, en vista de que te he dado mi carretilla, estoy seguro de que accederás a darme en cambio unas flores... Aquí tienes el cesto; procura llenarlo casi por completo.

—¿Casi por completo? — dijo el pequeño Hans, bastante afligido porque el cesto era de grandes dimensiones y comprendía que si lo llenaba, no tendría ya flores que llevar al mercado y estaba deseando rescatar sus botones de plata.

—A fe mía — respondió el molinero — una vez que te doy mi carretilla no creí que fuese mucho pedirte unas cuantas flores. Podré estar equivocado; pero yo

me figuré que la amistad, la verdadera amistad, estaba exenta de toda clase de egoísmo.

—Mi querido amigo, mi mejor amigo — protestó el pequeño Hans, — todas las flores de mi jardín están a tu disposición, porque me importa mucho más tu estimación que mis botones de plata.

Y corrió a coger las lindas velloritas y a llenar el cesto del molinero.

—Adiós, pequeño Hans! — dijo el molinero subiendo de nuevo la colina con su tabla al brazo y su gran cesto de flores.

—¡Adiós! — dijo el pequeño Hans.

Y se puso a cavar alegremente; ¡estaba tan contento de tener carretilla!

A la mañana siguiente, cuando estaba sujetando unas madreselvas sobre la puerta, oyó la voz del molinero que le llamaba desde el camino. Entonces salió de su escalera y corriendo al final del jardín miró por el muro.

Era el molinero con un gran saco de harina a la espalda.

—Pequeño Hans — dijo el molinero, — ¿querías llevarme este saco de harina al mercado?

—¡Oh, lo siento mucho! — dijo Hans — pero verdaderamente me encuentro hoy ocupadísimo. Tengo que sujetar todas mis enredaderas, que regar todas mis flores y que segar el césped.

—¡Pardiez! — replicó el molinero. — Creí que en consideración a que te he dado mi carretilla no te negarías a complacerme.

—¡Oh, si no me niego! — protestó el pequeño Hans— Por nada del mundo dejaría yo de obrar como amigo tratándose de ti.

Y fué a coger su gorra y partió con el gran saco sobre el hombro.

Era un día muy caluroso y la carretera estaba terriblemente polvorienta. Antes de que Hans llegara al mojón que marcaba la sexta milla, hallábase tan fatigado que tuvo que sentarse a descansar. Sin embargo, no tardó mucho en continuar animoso su camino, llegando por fin al mercado.

Después de esperar un rato, vendió el saco de harina a un buen precio y regresó a su casa de un tirón, porque temía encontrarse a un salteador en el camino si se retrasaba mucho.

—¡Qué día más duro!— se dijo Hans al meterse en la cama.—Pero me alegro mucho de no haberme negado, porque el molinero es mi mejor amigo y a más va a darme su carretilla.

A la mañana siguiente muy temprano el molinero llegó por el dinero de su saco de harina, pero el pequeño Hans estaba tan rendido que no se había levantado aún de la cama.

—¡Palabra!— exclamó el molinero.—Eres muy perezoso. Cuando pienso que acabo de darte mi carretilla creo que podías trabajar con ardor. La pereza es un gran vicio y no quisiera yo que ninguno de mis amigos fuera perezoso o apático. No creas que te hablo sin miramientos. Claro es que no te hablaría así si no fuese amigo tuyo. Pero ¿de qué serviría la amistad si no pudiera uno decir lo que piensa? Todo el mundo puede decir cosas amables y esforzarse en ser agradable y en halagar, pero un amigo sincero dice cosas molestas y no teme causar pesadumbre. Por el contrario, si es un amigo verdadero lo prefiere, porque sabe que así hace bien.

—Lo siento mucho — dijo el pequeño Hans, restregándose los ojos y quitándose el gorro de dormir. — Pero estaba tan rendido que creí haberme acostado hace poco y escuchaba cantar los pájaros. ¿No sabes que trabajo siempre mejor cuando he oído cantar a los pájaros?

—¡Bueno, tanto mejor! — replicó el molinero dándole una palmada en el hombro, — porque necesito que arregles la techumbre de mi granero.

El pequeño Hans tenía gran necesidad de ir a trabajar en su jardín, porque hacía dos días que no regaba sus flores, pero no quiso decir que no al molinero que era un buen amigo para él.

—¿Crees que no sería amistoso decir que tengo que hacer? — preguntó con voz humilde y tímida.

—No creí nunca a fe mía — contestó el molinero — que fuese mucho pedirte, teniendo en cuenta que acabo de regalarte mi carretilla, pero claro es que lo haré yo mismo si te niegas.

—¡Oh, de ningún modo! — exclamó el pequeño Hans, saltando de su cama.

Se vistió y fué al granero.

Trabajó allí durante todo el día hasta anochecer y, al ponerse el sol, vino el molinero a ver hasta dónde había llegado.

—¿Has tapado el boquete del techo? — gritó el molinero en tono alegre.

—Está casi terminado — respondió el pequeño Hans, bajando la escalera.

—¡Ah! — dijo el molinero. — No hay trabajo más delicioso que el que se hace por otro.

— ¡Es un encanto oírte hablar! — respondió el pequeño Hans, que descansaba secándose la frente, — es un encanto, pero temo no tener yo nunca ideas tan hermosas.

— ¡Oh, ya las tendrás! — dijo el molinero. — Pero tendrás que tomarte más trabajo. Por ahora no posees más que la práctica de la amistad. Algún día poseerás también la teoría.

— ¿Crees eso de veras? — preguntó el pequeño Hans.

— Indudablemente — contestó el molinero. — Pero ahora que has arreglado el techo, mejor harás en volver a tu casa a descansar, porque mañana necesito que lles mis carneros a la montaña.

El pobre Hans no se atrevió a protestar y al día siguiente, al amanecer, el molinero condujo sus carneros hasta cerca de su casita y Hans se marchó con ellos a la montaña. Entre ir y volver se fué todo el día, y cuando regresó estaba tan cansado que se durmió en su silla y no se despertó hasta bien entrada la mañana.

Oscar WILDE.



El amigo fiel

III

—¡Qué tiempo más delicioso tendré en mi jardín!, se dijo, e iba a ponerse a trabajar, pero por un motivo u otro, no tuvo tiempo de echar un vistazo a sus flores; llegaba su amigo el molinero y le mandaba muy lejos a recados o le pedía que fuera a ayudarle en el molino. Algunas veces el pequeño Hans se apenaba al pensar que sus flores creerían que las había olvidado; pero se consolaba pensando que el molinero era su mejor amigo.

—Además, — acostumbraba a decirse — va a darme su carretilla, lo cual es un acto de puro desprendimiento.

Y el pequeño Hans trabajaba para el molinero y éste decía muchas cosas bellas sobre la amistad, cosas que Hans copiaba en su libro verde y que releía por la noche, pues era culto.

Ahora bien; sucedió que una noche que estaba el pequeño Hans sentado junto al fuego, dieron un aldabonazo en la puerta. La noche era negrísima. El viento soplaba y rugía en torno de la casa de un modo tan terrible que Hans pensó al principio si sería el huracán el que sacudía la puerta. Pero sonó un segundo golpe y después un tercero más violento que los demás.

—Será algún pobre viajero—se dijo el pequeño Hans, y corrió a la puerta.

El molinero estaba en el umbral con una linterna en una mano y un grueso garrote en la otra.

—Querido Hans—gritó el molinero, me aflige un gran pesar. Mi chico se ha caído de una escalera, hiriéndose. Voy a buscar al médico. Pero vive lejos de aquí y la noche es tan mala que he pensado que fueses tú en mi lugar. Ya sabes que te doy mi carretilla. Por eso estaría muy bien que hicieses algo por mí en cambio.

Seguramente — exclamó el pequeño Hans; — me alegro mucho que se te haya ocurrido venir. Iré en seguida. Pero debías dejarme tu linterna porque la noche es tan oscura que temo caer en alguna zanja.

—Lo siento muchísimo — respondió el molinero; — pero es mi linterna nueva y sería una gran pérdida que le ocurriese algo.

—¡Bien, no hablemos más! Me pasaré sin ella, dijo el pequeño Hans.

Se puso su gran capa de pieles, su gorro encarnado de gran abrigo, se enrolló su tapabocas alrededor del cuello y partió.

—¡Qué terrible tempestad se desencadenaba! La noche era tan negra que el pequeño Hans no veía apenas y el viento tan fuerte que le costaba gran trabajo andar. Sin embargo él era muy animoso, y después de caminar cerca de tres horas llegó a casa del médico y llamó en su puerta.

—¿Quién es?—gritó el doctor, asomando la cabeza a la ventana de su habitación.

—¡El pequeño Hans, doctor!

—¿Y qué deseas, pequeño Hans?

—El hijo del molinero se ha caído de una escalera y se ha herido, y es necesario que vaya usted a verle en seguida.

—¡Muy bien! — replicó el doctor.

Enjaezó en el acto su caballó, se calzó sus grandes botas, y cogiendo su linterna bajó las escaleras, se dirigió a la casa del molinero, llevando al pequeño Hans a pie detrás de él.

Pero la tormenta arreció. Llovía a torrentes y el pequeño Hans no podía ni ver por dónde iba, ni seguir al caballo. Finalmente perdió su camino, estuvo vagando por el páramo, que era un paraje peligroso lleno de hoyos profundos, cayó en uno de ellos el pobre Hans y se ahogó.

A la mañana siguiente unos pastores encontraron su cuerpo flotando en un gran charco y le llevaron a su casita.

Todo el mundo asistió al entierro del pequeño Hans porque era muy querido. Y el molinero figuró a la cabeza del duelo.

Era yo su mejor amigo — decía el molinero, — justo es que ocupe el sitio de honor.

Así es que fué a la cabeza del cortejo con una larga capa negra; de cuando en cuando se enjugaba con un gran pañuelo de hierbas.

—El pequeño Hans representa ciertamente una gran pérdida para todos nosotros — dijo el hojalatero, una vez terminados los funerales y cuando el acompañamiento estuvo cómodamente instalado en la posada, bebiendo vino dulce y comiendo buenos pasteles.

—Es una gran pérdida, sobre todo para mí — contestó el molinero.—A fe mía que fuí lo bastante bueno para comprometerme a darle mi carretilla y ahora no sé qué hacer de ella. Me estorba en casa y está en tal mal es-

tado que si la vendiera no sacaría nada. Os aseguro que de aquí en adelante no daré nada a nadie. Se pagan siempre las consecuencias de haber sido generoso.

—Y es verdad — replicó la rata de agua después de una larga pausa.

—¡Bueno! — Pues nada más dijo el pardillo.

—¿Y qué fué del molinero? — dijo la rata de agua.

—¡Oh! no lo sé a punto fijo, — contestó el pardillo — y verdaderamente me da igual.

—Es evidente que su carácter de usted no es nada simpático — dijo la rata de agua.

—Temo que no haya comprendido usted la moraleja de la historia — dijo el pardillo.

—¿La qué? — dijo la rata de agua.

—La moraleja.

—¿Quiere eso decir que la historia tiene una moraleja?

—Claro que sí — afirmó el pardillo.

—¡Caramba! — dijo la rata en tono iracundo. — Podía usted habérmelo dicho antes de empezar. De ser así no le hubiera escuchado, con toda seguridad. Le hubiese dicho indudablemente: “¡Pse!”, como el crítico. Pero aun estoy a tiempo de hacerlo.

Gritó su “¡Pse!” a toda voz, y dando un coletazo se volvió a su agujero.

—¿Qué le parece a usted la rata de agua? — preguntó la pata que llegó chapoteando unos minutos después.

—Tiene muchas buenas cualidades, pero yo por mi parte tengo sentimientos de madre y no puedo ver a un solterón sin que se me salten las lágrimas.

—Temo haberlo molestado, — respondió el pardillo.

— El hecho es que le he contado una historia que tiene una moraleja.

— ¡Ah, eso es siempre una cosa peligrosísima! — dijo la pata.

Y yo comparto su opinión en absoluto.

Oscar WILDE.



La Estrella

Susana ha cumplido esta noche doce meses, y en un año que lleva en este viejo mundo ha hecho varias experiencias. Un hombre capaz de descubrir en doce años tantas cosas y tan útiles como las que Susana ha descubierto en doce meses, sería un mortal prodigioso. Los niños son genios desconocidos. Toman posesión del mundo con una energía sobrenatural.

Nada vale tanto como este primer impulso de la vida y este primer arranque del alma. ¿Conciben ustedes que estos pequeños seres vean, toquen, hablen, observen, comparen, recuerden? ¿Conciben ustedes que anden, que vayan y vengan? ¿Conciben ustedes que jueguen? Sobre todo, esto es maravilloso, que jueguen, pues el juego es el principio de todas las artes. Muñecas y canciones, es ya casi todo Shakespeare.

Susana tiene un gran cesto todo de juguetes, de los cuales solamente algunos son juguetes por naturaleza y uso, como los animales de madera blanca y muñecos de goma. Los otros se han convertido en juguetes por un giro particular de su suerte; son viejos portamonedas, trapos, pedazos de cajas, un metro, un estuche de tijera, un juego de naipes, un indicador de los ferrocarriles y una piedra. Unos y otros están lamentablemente averiados. Todos los días Susana los saca uno por uno de la cesta para entregárselos a su madre. No se fija en ninguno de una manera especial y no hace generalmente

diferencia entre sus modestas adquisiciones y el resto de las cosas. El mundo es para ella un inmenso juguete recortado y pintarrajeado.

Si quisieran penetrarse de esta concepción de la naturaleza y dirigir hacia ella todos los actos y todos los pensamientos de Susana, admirarían la lógica de su alma minúscula; pero la juzgan según nuestras ideas y no según las suyas. Y porque no tienen nuestro juicio han decidido que no tiene juicio. ¡Qué injusticia! Yo que sé colocarme en el verdadero punto de vista, descubro un espíritu de continuidad donde el vulgo sólo advierte modales incoherentes.

Pero no me hago ilusiones; no soy un padre idólatra; reconozco que mi hija no es mucho más admirable que otra niña cualquiera. No empleo al hablar de ella conceptos exagerados. Solamente le digo a su madre: "tenemos una niña monísima".

Me contesta sobre poco más o menos lo que la señora de Primerose respondía cuando le dirigían un cumplido semejante: "Susana es como Dios la hizo; bastante bonita si es bastante buena".

Al decir esto, dirige a Susana una insistente mirada, magnífica y candorosa, que deja adivinar bajo los párpados entornados unas pupilas resplandecientes de amor.

Yo insisto:

—Confiesa que es bonita.

Pero tiene para no confesarlo varias razones que yo descubro mejor aún de lo que lo haría ella misma.

Quiere oír decir constantemente que su hija es bonita. Diciéndolo, creería faltar a cierto decoro y no demostrar toda la delicadeza necesaria. Temería que se ofendiese no sé qué poder invisible obscuro, al cual no co-

noche, pero que adivina próximo, dispuesto a castigar en sus hijos a las mamás que se enorgullecen de ellos.

¿Y qué feliz mortal no temería ese espectro que seguramente se oculta entre las cortinas del aposento? ¿Quién, por la noche, estrechando en sus brazos a su mujer y a sus hijos, se atrevería a decir en presencia del monstruo invisible: “Corazones míos, hasta qué punto hemos gozado de nuestro lote de belleza y alegría”. Por eso digo a mi mujer:

—Tienes razón, siempre tienes razón. La dicha reposa aquí, bajo nuestro techo.

¡Silencio! No hagamos ruido para no espantarla. Las madres de Atenas temían a Némesis, aquella diosa siempre presente y nunca visible, de la que sólo sabían que era la envidia de los dioses; Némesis, cuya mano se reconocía en todo y a todas horas en esta cosa banal y misteriosa: el accidente. ¡Las madres de Atenas!...

Me agrada imaginar a una de ellas bajo el laurel, al pie del altar doméstico, adormeciendo a su niño desnudo como a un dios infantil, arrullado por el chirrido estridente de las cigarras.

“Me figuro que se llamaba Lysilla, que temía a Némesis como tú la temes y que, como tú, lejos de humillar a las otras mujeres por el resplandor de su fausto oriental, pensaba en hacerse perdonar su dicha y su belleza... ¡Lysilla, Lysilla! ¿Has pasado sin dejar sobre la tierra una sombra de tu forma, un soplo de tu alma encantadora? ¿Eres como si nunca hubieras existido?”

La mamá de Susana cortó el hilo de estos pensamientos: “¿Por qué hablas así de aquella mujer? Tuvo su época como nosotros la nuestra. Esta es la vida”.

—¿Concibes, pues, alma mía, que lo que ha sido pueda dejar de ser?

—Perfectamente. No soy como tú que te admiras de todo.

Y dijo estas palabras en tono tranquilo, preparando la ropa de noche de Susana.

Pero Susana se negaba obstinadamente a acostarse.

Esta negativa pasaría en la historia romana por un hermoso rasgo de la vida de un Tito, de un Vespasiano o de un Alejandro Severo. Esta negativa hace que reprehendan a Susana. ¡Justicia humana, ya estás aquí! A decir verdad, si Susana quiere permanecer levantada, no es para velar por la prosperidad del imperio, sino para revolver en el cajón de una cómoda holandesa panzuda y con macizos tiradores de cobre.

Con una mano se agarra al mueble y con la otra empuña gorro, justillo, traje, traje que con gran esfuerzo arroja a sus pies, dando gritos variados, ligeros y salvajes... Su espalda, cubierta con una toquilla de punta, resulta de una ridiculez conmovedora; su cabecita, que por momentos vuelve hacia mí, expresa su satisfacción más conmovedora todavía.

No puedo resistir; olvidando a Némesis exclamo:

—¡Mírala, está adorable!

Con un gesto a la vez rebelde y temeroso, su mamá me pone un dedo sobre los labios. Luego vuelve a ocuparse del cajón saqueado, mientras prosigo mi pensamiento:

—Si Susana es admirable por lo que sabe, no es menos admirable por lo que ignora; su ignorancia está impregnada de poesía.

Al oír estas palabras, la mamá vuelve sus ojos hacia mí, sonriendo un poco de través, con un gesto de burla; y luego exclama:

—¡La poesía de Susana! ¡La poesía de tu hija! ¡Si sólo disfruta en la cocina! El otro día la encontré radiante de gozo entre los desperdicios. ¡Tú llamas a eso poesía?

—Sin duda, sin duda. La naturaleza entera se refleja en ella con tan magnífica pureza que para ella no hay nada sucio en el mundo, ni siquiera el cesto de las mondaduras. Por eso la encontraste encantada el otro día con las hojas de col, los rabos de cebolla, los caparzones de los langostinos. Era una alucinación, señora. Transforma la naturaleza con un poder angélico, y todo cuanto ve, todo cuanto alcanza, lo impregna con la hermosura de sus ojos.

Durante este discurso, Susana se alejó de la cómoda, acercándose al balcón.

Su madre la siguió, cogiéndola en sus brazos. La noche estaba templada y apacible.

Una sombra transparente bañaba la fina cabellera de la acacia, cuyas marchitas flores formaban una alfombra blanca en nuestro patio. El perro dormía con las patas fuera de la perrera. La tierra a lo lejos estaba impregnada de un azul celeste. Los tres callábamos. Entonces, en el silencio, en el augusto silencio de la noche, Susana alzó el brazo todo cuanto pudo y con la punta del índice, que nunca podía separar por completo, señaló una estrella. Aquel dedito, de una pequeñez milagrosa, se doblaba por intervalos como para atraerla.

¡Y Susana habló a la estrella!

Lo que decía no está formado por frases. Era un hablar obscuro y encantador, un canto extraño, algo muy dulce y profundamente misterioso, lo necesario para manifestarse un alma de un nene al reflejarse un astro en ella.

—Es muy chocante esta niña — dijo su madre abrazándola.

Anatole FRANCE.

Y no le dijo: "Te perdono".
Quedóse viendo con amor a la espina.
Mas el hombre sólo se
Y la espina le hirió.



—¿Y éste?...
—Es un santo, porque cuando le fue preso perdonó.
—¿Cómo, Señor?...
—Quien no sabe eres tú.
Mas mi Señor me interrumpió.
mas éste no sabe.
Yo pensé: "Aquel hombre era un santo. Sabía perdo-

Quien sabe no perdona

El hombre se acercó a la ortiga.

Alzó la mano para tocarla, y hubo un ¡ay! en su boca, y un rubí en su dedo.

Dió con la espina y la espina le hirió.

El hombre se enjugó la sangre, y mirando a la ortiga le dijo: “Te perdono”.

Y yo admiré y bendije en mí a aquel hombre que tenía el dulce don de perdonar.

Y aconteció que vino otro hombre y se paró junto a la ortiga.

Y alzó también la mano para tocarla.

Y la espina le hirió.

Mas el hombre sólo se enjugó la herida.

Quedóse viendo con amor a la espina.

Y no le dijo: “Te perdono”.

Yo pensé: “Aquel hombre era un santo. Sabía perdonar. Este no sabe.

Mas mi Señor me interrumpió.

—“Quien no sabe eres tú”.

—¿Cómo, Señor... aquél?...

—Es un santo, porque cuando le fué preciso perdonó.

—¿Y éste?...

—Más santo aún, porque no le es preciso perdonar.

Y como quedárame perplejo, con vaguedad incomprendible en los ojos, El explicó:

—La espina hiere, porque es espina. Aunque quisiera no perfumaría. Aquél sintió el dolor de la punzada; y como no sabía, juzgó culpable a la ortiga y de ella se ofendió; mas, como era de limpio corazón, perdonó.

Este sintió el dolor; pero, como sabía que toda espina punza, porque eso es ser espina, no nació ofensa alguna. Y, como nada tenía que perdonar, no perdonó.

Desde entonces sufro menos cuando cardos me hieren. Duéleme la herida. Pero, como sabe mi alma, no hay ofensa; y como no hay ofensa, no hay perdón. Y, en cambio, fluye amor piadoso para la pobre espina, que aún no ha llegado a flor.

Y el dolor se me trasmunta en dulzura, porque ya aprendí a no perdonar.

Santiago ARGÜELLO.



Las dos palomas

Me hallaba en la cumbre de una colina de suave pendiente. Como un mar tornasolado de oro y plata, extendíanse en todo lo que alcanzaba mi vista campos de centeno en sazón para la siega.

Era un mar sin ondas; el aire abrumador no se movía; una gran tormenta se iba preparando lentamente.

En torno mío el sol iluminaba la tierra aún, con rayos abrasadores, pero sin brillo ya. Y en lontananza, allende los campos de centeno, pero no muy remoto, llenaba un nubarrón agrisado medio horizonte con sus densas masas.

Todo callaba en angustioso pasmo bajo el siniestro resplandor de los últimos rayos del sol poniente. No se veía, ni oía siquiera, ningún ave; aun los mismos gorriones habíanse escondido. Sólo no sé dónde, más cerca, se percibía el susurro monótono de algunas anchas hojas de bardana...

¡Y qué olor tan penetrante mandaban los ajenjos a los aires, desde las verdes lindes de los campos!

—¡Vamos, pronto, más de prisa! ¡Ruge, trueno! Brilla, serpiente de oro! ¡Avanza, rueda, desgárrate, por fin, malvada nube! ¡Termina ya mi angustia y esta espera!

Pero la nube no se movía.

Continuaba pesando silenciosamente sobre la tierra, sin hacer más que hincharse y ennegrecerse.

Y de repente en su azul uniforme se vió alguna cosa, cual blanco pañuelo, llevada con un movimiento constante. Era una blanca paloma que abandonaba la aldea... Volaba... volaba siempre todo derecho... y no tardó en desaparecer detrás del bosque.

Pasaron unos instantes... Y siempre el mismo silencio terrible... Mas ved aquí que dos pañuelitos blancos o un par de copos de nieve, vuelven por el mismo sitio: son dos palomas blancas que regresan a la aldea, con vuelo igual y derecho.

Estalla al fin la tormenta y comienza el barullo.

Me cuesta trabajo volver a casa. Muge el viento y forcejea igual que un loco furioso. Jirones de nubes rojas bajan hasta tocar el suelo; todo se confunde en remolinos; un chaparrón furioso, en columnas oscilantes azota, cruza la cara... los relámpagos ofuscan con sus lívidos fulgores. El trueno, brusco y breve, parece un cañonazo... se percibe el olor de azufre... Dos blancas palomitas están acurrucadas bajo el sobradillo de la techumbre, en el mismo reborde de la lucerna; son la que a su compañero fué a dar aviso y ésta a la cual condujo para salvarla.

Las dos hinchán el buche y se acarician, tocándose una a otra, ala con ala.

Están contentas... También me alegra el verlas juntas, aunque yo estoy solo, ¡solo, como siempre!

Yván TURGUENEFF.

SUMARIO

		<i>Pag.</i>
1	La razón de las fieras	L. Tolstoi 5
2	Sueño	R. A. Arrieta 6
3	Platero	J. R. Giménez 7
4	Fausto	E. del Campo 8
5	Vocación	R. Tagore 11
6	El pastor lánguidamente	J. R. Giménez 12
7	Rasgo generoso	E. D'Amicis 13
8	Las punas	J. Santos Chocano 15
9	La primavera	L. Tolstoi 16
10	Las cataratas del Niágara	J. Santos Chocano 17
11	El águila y la paloma	Goethe 18
12	Si una espina me hiere	A. Nervo 20
13	La carretilla	J. R. Giménez 21
14	Se está muriendo Estrellita	J. R. Giménez 22
15	Música amarga	S. Rusiñol 23
16	El albañilito	E. D'Amicis 24
17	El gorrión	Y. Turgueneff 26
18	El obrero	A. Storni 28
19	Dejad a los niños	J. Dicenta 29
20	Fausto	E. del Campo 33
21	El héroe	R. Tagore 35
22	Llénalo de amor	A. Nervo 37
23	En el jardín zoológico	D. Uribe 38
24	El hueso de ciruela	L. Tolstoi 40
25	La epopeya del Pacífico	J. S. Chocano 41
26	Amad a los niños	A. B. Güerci 43
27	Los consejos de un padre (1).	J. Echegaray 45
28	Los consejos de un padre (2).	J. Echegaray 48

		<i>Pág.</i>
29	Los consejos de un padre (3)	J. Echegaray 51
30	Lo respetable	J. Bartrina 55
31	Libertad	J. R. Giménez 56
32	Al gran pueblo argentino, salud	S. Rueda 57
33	Constantinopla	P. Loti 61
34	La victoria	R. Gutiérrez 63
35	Gracias	W. Whitman 64
36	Fábula	J. Bartrina 65
37	Los faros	J. Michelet 66
38	Insomnio	F. Moreno 69
39	El puerto	M. Gorki 70
40	El puerto	C. Baudelaire 72
41	Sarito	J. R. Giménez 73
42	Don Quijote vencido	J. E. Rodó 74
43	La canción de los pinos	F. Darío 76
44	Los libros para niños	A. France 78
45	La Rioja	D. F. Sarmiento 82
46	Desde que el padre está ciego	J. R. Giménez 84
47	La flor de la champaca	R. Tagore 86
48	Supresión de honores al presidente de la Junta	M. Moreno 87
49	La madre	A. Storni 91
50	Cuento a Margarita	R. Darío 96
51	El sueño	Cervantes 100
52	La vida de las abejas (1)	M. Maeterlinck 101
53	La vida de las abejas (2)	M. Maeterlinck 103
54	La vida de las abejas (3)	M. Maeterlinck 105
55	Venganza	A. Nervo 108
56	El vergel	J. R. Jiménez 109
57	Sobre la libertad de escribir	M. Moreno 111
58	Ciudad moderna	J. S. Chocano 114
59	El patio de los leones	E. D'Amicis 116
60	Visión optimista	R. A. Arrieta 119
61	Gorriónes	J. R. Jiménez 121
62	Al irse del campo el sol	J. R. Jiménez 123
63	La golondrina (1)	J. Michelet 124

		<i>Pag.</i>
64	La golondrina (2)	J. Michelet 126
65	El niño	Almafuerte 130
66	Las campanas	E. A. Poe 132
67	La flora de las montañas . .	E. Reclús 134
68	El amigo fiel (1)	O. Wilde 138
69	El amigo fiel (2)	O. Wilde 144
70	El amigo fiel (3)	O. Wilde 151
71	La Estrella	A. France 156
72	Quien sabe no perdona . . .	S. Argüello 162
73	Las dos palomas	Y. Turgueneff 164



